E S T
A C I
Ó N
P O E
S Í A

Elsa Cross [3] **Guillermo Carnero** [4] **Eloy Sánchez Rosillo** [5] **Francisco Díaz de Castro** [6] **Luci Romero** [8] **Alicia Ramos González** [9] **Juan Manuel Villalba** [10] **Antonio Cano** [11] **Aarón Hernández** [12] **Javier Alvarado** [13] **María Eugenia Motilla Serrano** [14] **Miguel Vázquez García** [18] **Fabio Morábito** [23] **Antonio Rodríguez Jiménez** [24] **Beatriz Pérez Sánchez** [25] **Sandra Gabriela Silva Anaya** [26] **Carlos Alcorta** [28] **Irene Sánchez Carrón** [31] **Antonio Díaz Mola** [32] **Ignacio Gago** [33] **Sihara Nuño** [34] **Diego Medina Poveda** [35] **Ángeles Mora** [36] **Carlos Llaza** [37] **Miguel Floriano** [38 **José Luis López Bretones** [39] **Rafael Camarasa** [40] **Cecilia Quílez** [41] **Darío Jaramillo Agudelo** [44] **Eduardo Moga** [45] **Carmen Díaz Magarit** [64] **Jesús Cárdenas** [65] **David González Lobo** [66]

Elsa Cross

AMANECER EN KALAMATA

Para Natalia Morelón

Como bandadas de patos migratorios
las casas se apilan blancas
a la orilla.

El mar
inmóvil
–como aceite–
refleja los montes que bosquejan
un claroscuro.
La música de una lengua
emerge del sueño.
Una reverberación,
hilos brillantes
traspasan la oscuridad.
Ruido de pájaros,
un olor de tomillo—
ya sabidos también
y siempre nuevos.

Las casas de arriba
son cabras dispersas por el monte.
La luz destella en los anchos olivares.
El oleaje cobra nitidez
y rompe contra las barcas
el silencio
abriendo el día.

Guillermo Carnero

MALAS Y BUENAS FORMAS

Es hermosa y lo sabe, y qué pocos los años
de impunidad para ejercer de niña
en el filo veloz de su carrera
hacia las ordenanzas de la tribu.
Pronto será una madre mansa y gorda
pero ahora baila con la blusa abierta
hasta el ombligo, y pantalones cortos
descubriendo un blasón doble y combado
en curva y contracurva con su pliegue.
Grita y ríe sin tasa, tan vulgar,
tan bruta, tan procaz, tan exquisita
como su rímel y su maquillaje,
y sus sneakers de color de rosa
brillan y fosforecen a la luz de los focos
entre Zafir y Ofir, Harbor of India,
Jack Daniel's Honey, Ketel One, Dalwhinnie
y Tanqueray Rangpur, y de la mano
la suben a una nube de sirope de coco,
piel de naranja y lima, y la llevan al cielo,
el coronel Tapioca y Martin Miller.

19 VIII 2018

Eloy Sánchez Rosillo

APUNTE DE BOGOTÁ

¿Qué haces, Eloy, en esta calle de otro mundo,
llena de sol suave, bajo un cielo
por el que se desplazan muy veloces
grandes nubes blanquísimas?
Es una calle pura, mañanera,
destartalada y rota,
con gente variopinta y comercios humildes,
con puestos ambulantes de comida y de fruta.
Aunque tu sitio es otro, y tan lejano,
cómo la sientes tuya en este día,
cuánto te pertenece para siempre.
Te gana la emoción
de haber llegado a ella por azar,
de ir andando despacio por su trazado incierto
y ser de pronto y porque sí dichoso.
Hay una luz dorada y fresca que arde
y no sabe dañar,
avanza por los muros desconchados,
se filtra entre los árboles,
y corre alegre y suelta por el suelo.

Francisco Díaz de Castro

REPORTAJE

Hay un aire siniestro
en estas salas de la vieja fábrica.
A plena luz del día la cámara registra
la consistencia de las cosas.
Máquinas oxidadas, engranajes inútiles,
émbolos sueltos, ruedecillas, cables,
barrenas y tornillos, maderas y cascotes.
Restos inertes de la disección del tiempo.

Pedazos de palabras y de cifras
nada son, nada significan
entre los desconchones de los muros,
en la roña metálica de cada superficie,
sobre las bocas negras de los hornos
sin clavijas ni puerta, únicamente
telarañas y grumos cenicientos.

Mientras miro estas fotografías,
pienso en las largas horas del insomnio,
o en las inevitables pesadillas
que torturan los sueños de los viejos
como una procesión callada de fantasmas
que la memoria indócil nos impone.
Ingratitud, traiciones, rencores,
amores, enemigos,
el dolor obsesivo de las pérdidas,
los nombres abolidos, los cajones

repletos de fotografías,
de papeles, de objetos olvidados:
la materia inservible de cuanto se ha vivido,
equipaje de restos para nada.

Luci Romero

allí estaban los helechos y sus esporas, respirábamos
unos nombres que sangraban al derribar lo que quedaba de aquella casa
porque las casas existen, dijiste
y los perros y sus sombras, dijiste

mirabas tras los visillos cómo los niños escribían su futuro con lascas
en las paredes, aquellos días de junio, aquellos días de hambre
y de luz glacial, de silencios reposados en la frente, dijiste
y de gorriones, de gorriones muertos, dijiste

con un poco de suerte aquella noche de junio, la verbena
habría acabado pronto y los pasos, el olor a jazmín, la semejanza
en todo, en las plegarias fragmentadas de la noche azul, dijiste
y no querías regresar por el mismo camino, no, eso nunca lo dijiste

en alguna parte el olor a membrillo roza mi lengua, tal vez
sigues estando en esa cocina donde siempre has estado
y siguen llamando a la puerta, dijiste, a una puerta
ahora sin ventanas, sin tejado, sin patio, una puerta

Alicia Ramos González

CLARIDAD

Claridad claridad paloma de engaños transparentes.

Claridad inunda un verde valle airoso odiado y quejumbroso como arpa en luto.

Claridad se arrastra humana y floja coja airada como una taza rota de plata en pedazos de luz que muere en las esquinas con una sombra de luna oscura y tuna callada de muertos solos y calvos de pelo cano caído en otoños de naranjas hojas de plátanas plantadas antaño en los años de guerra olvidada y tediosa de telarañas de soldados en trampas de espino como cristo en cruz de hierro y pecado.

Claridad navega altiva sobre azul marino de delfines que sangran arpones de tedio y humareda de barcos hundidos en Atlanta de tesoros perlas de piratas tuertos y mancos de garfio pata de palo diente de oro codiciado por hombres ciegos de alma y bizcos de corazón que late al compás de las olas de su madre cruel la mar.

Claridad luz de verdad que no existe por sí sino por engaño de filósofos sofistas de la convicción en las palabras de un idioma invento de hombres de la caverna que es antigüedad platónica de luces y sombras reflejos de mentiras que imitan la verdadera claridad.

Claridad claridad paloma de engaños transparentes.

Juan Manuel Villalba

PARANOIA

Ya no hay lucha de clases, así que ya no hay lucha
de unos contra otros; la historia la extinguió.
Ahora la contienda es de todos contra todos,
cada cual se atrinchera detrás de sus miserias.
Al fin lo han conseguido, por fin lo han logrado
los del grupo secreto que dirige el planeta
y siempre queda al margen del cisma que acontece.
Perduran en los siglos portando las antorchas
que encienden a la plebe dispuesta a ser rebaño
pulsando los resortes que estallan en sus vidas.
Los del grupo secreto que maneja la historia
es un cuento de viejas mil veces repetido,
rumores que consiguen explicar circunstancias,
frustraciones de masas que no tienen salida.
Es muy secreto el grupo, es un acorazado
que atraviesa las guerras sin sufrir ningún daño,
heredan a sus hijos la jura de silencio
para seguir al rumbo de lo que planifican.
Seguro que es un chisme de la desesperanza
que esparcen los más necios, los más necesitados;
rumores que se cuentan a la luz de las ratas
para el consuelo antiguo que tanto fruto ofrece.
Los del grupo secreto y los pobres deslenguados
se compensan contrarios cerrando el mismo círculo.

Antonio Cano

AQUELLAS LLUVIAS

Fueron días de luz bajo las lluvias.
Tormentas incesantes del oeste
deshojaban las rosas
de té, arrancaban las flores
de los jacarandás, nos expulsaban
de los jardines apartados
donde fumábamos mientras leíamos a Bécquer
y bajo aquellas lluvias nos hacían
dejar un rastro hasta la puerta de la casa
de versos y de humo.

Me digo que me engaño cuando pienso
que puede que ninguno hayamos sido
de nuevo tan feliz -ni desgraciado-
como en aquellos días,
flores que humedecen las lluvias
antes de deshojarlas...

No ha vuelto la ciudad a estar tan bella.

Aarón Hernández

Tengo los dientes de calavera,
me duermo en Janitzio y despierto perdido en la carretera a
León,
me vuelvo a perder, soy peregrino intencional,
robo algo del coral y me siento sin pena en un café de la
Ciudad de México,
bebo mezcal con gusano, té de Bora Bora,
¿sangre de Atenco?
Sí, hoy les confesaré a todos, acuchillé a un paseante en
Quiroga, nunca lo
había hecho,
cuando quise tocarlo entonces estaba en cualquier parte,
para venderme un sueño se necesita otro idioma,
yo soy un hombre nacido de América.
Me alimento de maíz y de maíz es la gente,
en algún punto cardinal encontraré mi nombre, si es que no se
ha vuelto cocodrilo, pulque o mar abierto,
cambio mis huesos hoy, porque no hay dinero, por un puñado
de frijol cósmico,
dime, mujer, ¿a ti qué te ha enseñado esta tierra?

Javier Alvarado

A todas partes traigo la oración
y te busco, Señor, que desvarío;
tu cuerpo acude lleno como un río
y se hace al cielo, lluvia y ovación.

Es mirar la bandada en bendición,
lo ubérrimo que deja lucerío;
los trinos que recuerdan poderío,
el gozo que no aguarda contención.

Porque si tú me llamas, soy el ave;
porque si tú me miras, soy las alas;
porque si tú me tocas, soy la pluma

que resguarda el color, también la clave
de todo lo que escoges y señalas
en cadencia fraterna y siempre suma.

María Eugenia Motilla Serrano

BREVE INTRODUCCIÓN AL SUEÑO DE AQUILES

"Seamos con nuestras vidas como arqueros que tienen un blanco"
ARISTÓTELES

"Cada flecha es un día. Tiene un punto cercano al sol y luego, exhausta, baja."
JULIO MARTÍNEZ MESANZA

A ti, por haberme devuelto la esperanza
en este lado del paraíso

Es la hora de la medianoche.
Convocado por una luz inversa,
el continuo grillar de los insectos,
los astros palidecen en un cielo firme
y utilizan tan sólo mi rostro como espejo
donde los párpados serenamente admiten
mi revelada réplica en otros parajes posibles.
El día se ha disuelto en archipiélagos de azogue,
la Voz es polvo dispersado entre las voces,
el canto de las voces dorando la Voz perdida.
Aún se aprecia lejano el paso del poeta
anunciando la víspera de la inconsciencia.
Beberé de las aguas tranquilas del Leteo,
pasearé por sus márgenes, aceptaré sus leyes
como un extranjero recién aparecido
y toda bestia, todo ser engendrado en este viaje
parecerá inocente y virtuoso.
Presiento cerca el límite de la materia
donde suena un bordón de procedencia indescifrable,
donde causa y enigma y laberinto
tal vez designen una misma cosa
observada a través de un fino prisma de cristal.

He sido arrojado a la visión.
Las ánimas abstractas que cincelan este espacio
adoptan la silueta de mi madre,

de rugido y de llama, en una mañana sin gallos,
unge con ambrosía, en las primeras luces,
a seis vástagos; hijos de la ruina del Tiempo;
sus cuerpos núbiles ya al ocaso purifica
de la esencia mortal que emanan
en el fuego del hogar hasta el basalto;
–ya no son la inmortal fuerza que consumirá
la edad de hierro y anunciará el alba de la de oro–
y huye como una ráfaga tras consumar el rito.
Ahora duermo en los brazos del ser más justo,
aquél que me enseñó a sanar la herida más profunda,
aquél que con el hueso de un gigante
me confió el don del vuelo; extraña vocación
del reino de las aves. Pero lejos de la flecha
y el arco he despertado oculto tras un velo,
resguardado de los tambores que resuenan
ya a lo lejos.

Aún es pronto para volver a casa.

Y todo es negro como la brea que nutre
el casco del navío desde donde ahora veo arder
las murallas blancas de Ilión.
Sus cenizas llueven sobre los jardines
como la niebla se recuesta sobre el mar.
Esta tierra que he pisado y no es la mía
donde he visto mis grebas, mi escudo herido
de sangre, de la sangre del mejor confidente,
de aquél que debería haber regresado, intacto;
por mí guardar los doce días
y sobre el ascua lánguida entonar el rojo treno,
allí, donde reposa el polvo del héroe
que no hubo de quedarse para ver
y vi y ciego escuché el viento pasar ante un espejo
y esta vez, caminé solo, solo detrás de mi derrota.
Las bridas del Destino me delatan, ahora que yazgo

junto aquél que entregó a sus gentes por el vicio
y su flecha clavó en mi centro; la muerte sin reposo.
El molde de mi tumba se dibuja
en el círculo donde agonizan los amantes
ya privados de roce y consuelo; eternamente
el fragor de grullas y estorninos.
Y fui consciente de mi propia tentación
y fui testigo de algún juicio equivocado;
aquellos que dejaron de leer en ese instante
albergaban en su amor una música inocente.
Apartados, en doble llama arden
los que encadenaron con verbo de tahúr,
mi noble espíritu a la argolla de esta guerra sin principios.

La aurora revela rosada, a paso lento, la vigilia de plomo.
La autonomía de la luz primera
cede como un dosel acariciando mi cuerpo
tras el delirio a punto de extinguirse.
He negado las armas que flanquean la travesía.
Tres peldaños separan el sueño del bautismo
que vestirá mi nombre con sangre nueva
y las llaves de plata y oro en mi mano confirmarán
que sólo yo poseo el poder de mi expiación;
que un dios ha de tener la medida del hombre tranquilo
y la paciencia del orfebre.

Pisan mis pies las tiernas huellas de la playa.
La arena y sus diamantes de sílice refulgen.
Nunca el tiempo de cuarzo relató su avance tan de cerca,
la ilusión de un principio, aquí, en las tierras del diluvio
donde el prodigioso hacer de la rocas
definió los contornos del hombre y su tiempo,
la exactitud del minucioso azar, esa lanza que hiere y sana
y alzo por fin triunfal el dominio de mis actos.
El mar en su lenguaje de orlas blancas
devuelve mi atención al horizonte

y una luz animal envuelve dos figuras
a lo lejos, muy cerca de la orilla.
La sonrisa de Esciros y el fruto de su vientre
llegaron a Ptia tras mi espada desnuda,
desnuda de batallas en favor de los templos;
desnuda de la marca atroz que teje el hierro en la carne
y la memoria en ruinas de este mundo que no comprendo.
Domo su rizo entre mis dedos; casi negro
como la compunción después de la violencia del sueño.
"Yo soy tú mismo" me susurra con voz futura
y contemplamos cómo Ilión se erige soberbia
en el crisol de azules al otro lado del Egeo.
Descifrando el silencio pienso en anaqueles vacíos,
epopeyas en cuyas páginas no se hablará de mis hazañas.
No importa. Sabio es quien supo huir de la gloria,
cuando ésta es vana y no perdura
y cometer el acto temerario de pretender la vida,
reconocerse en la hora presente, suceder
en los seres en que habitas y el perpetuo asombro
de la memoria sacudida en su deriva,
y hallarse en la pureza de su luz en este lado del paraíso.

Miguel Vázquez García

LIBRO DE HORAS

A José Manuel y Pilar.

Abrid la boca para recibir la hostia de la palabra herida.
VICENTE HUIDOBRO

MAITINES
I

Sal, mujer, sal
de la estancia obscura.
Asómate y recoge
en tu hermosura la luz
y los colores del alba
que serás luminosa llama
a la que mi voz acuda
donde *el azul es negro*
y la negrura azul.

En bastardilla, del "Bavarian Gentians" de D. H. Lawrence,
texto perteneciente a la traducción del fragmento de Octavio Paz.

II

Pasaré la noche
en vela
constelando los lunares
de tu cuerpo.

Seré el navegante
de las islas,
tendré un amor
en cada puerto.

LAUDES

A tu llamada acudo
A tu llamada vengo
A tu llamada por los peldaños
de la escalera asciendo
A tu llamada
siempre a tu llamada
Amada alma
siempre a tu llama
Siempre a tu
Siempre a
Siempre
Sien
to
que
me
Abraxas.

PRIMA

Acariciadora luz de la mañana.
Alma, despoblada alma.
Amanecedora alma cantarina.
Atolondrada alondra.
Átomo bestial y circundante.
Amanecida alma mía.
Amor de ojos oscuros.
Amor de ojos.
Amor de
Amor.

TERCIA

Qué estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita
de junco y capulí

César Vallejo

En sangre
me derramo.
En ramos
de claveles
me deshago.

En láminas
de alquitrán
siento la fiebre
del geranio
posarse
sobre las azoteas
y levar anclas
como
quien
leva almas.

SEXTA

–El amado es presa del miedo
a la luz del mediodía–

Regresa, amada mía,
y no circundes los cielos
que el esposo te vigila
prisionero de sus celos.

Regresa, por tu vida,
que el sol nos ilumina.
No pongas por un beso
en juego tanta dicha.

–El meteoro insolente cruza
la línea del horizonte–

No pongo mi vida en juego
si busco en tu pecho asilo.

Sin tus labios no hay besos
que sellen de amor los míos
y conteniéndome muero
como el agua de los ríos.

NONA

Alma mía renacida,
por los verdes campos
te saludo, amiga mía,
te acojo y te venero.

No retires de mí este cáliz
que juntos lo beberemos.

VÍSPERAS

–Habla el alma del amado–

Por qué, cielos, la tristeza
esta tarde de verano
junto al mar y sin encanto
que encienda la viveza.

Porque se ha ido la gracia
y me ha dejado confundida.
Y porque sin la gracia
he perdido la alegría
al saberte desterrada.
Alma mía desasida.
Amada alma abandonada
de la gracia y la alegría.

COMPLETAS

Trovó a San Lorenzo
y dijo: mi dictado non es de juglaría.

ANTONIO MACHADO

El amado ha sido abatido.
Muerto yace.
De cuerpo presente
yace el amado.

Ha empezado a llover
la lluvia que irrigará los campos.

Pienso en vacas pastando.
Pienso con la razón perdida.
Pienso en el oscuro campo.
En el silencio de la noche vaga.
En Ofelia, pienso, que cantando
pasa. Y otra vez en vacas.
Y en la alta yerba
Bécquer nos aguarda.

¡Acudamos a su llamada!

Fabio Morábito

Fue en una tarde de mis diez.
De golpe me detuve en la arboleda,
la invitación estaba hecha
y no dudé: ser uno más,
entrelazado bajo el suelo a todos ellos.
Qué fácil, a esa edad, hundirse.
Qué paz dan las raíces,
en vez de estar de pie.
Todo lucía profundo e inmóvil.
Yo estaba listo, pero algo me distrajo,
tal vez un soplo frío
o ver cruzar los pájaros veloces,
y me bastó anhelar
–por un segundo, nada más–
sus alas,
para que el sueño de la tierra
–no he vuelto a estar tan vivo–
se fuera por las ramas,
y me encontré de nuevo
ahí, sobre mis pies,
parado bajo un árbol,
sin alas ni raíces.

Antonio Rodríguez Jiménez

NARANJAS

Del final de la guerra
mi abuelo recordaba las naranjas.

Lo que hasta el día anterior había sido un ejército
era una desbandada de muchachos hambrientos.
Regresaban subidos en el techo
de un vagón herrumbroso
y al pasar por Valencia les lanzaron naranjas.
Las últimas naranjas de aquel año
como único homenaje a los vencidos.

El jugo resbalaba por los labios resecos
y pensaron que aquella
sensación recobrada de repente
debía de ser la paz.

Apuntaba en la luz la primavera
sobre aquel viejo tren que llevaba al invierno.
En las manos perfume de naranjas,
y la inocencia dónde;
dónde el hermano huido, el padre muerto.

Del final de la guerra
mi abuelo recordaba las naranjas.

Beatriz Pérez Sánchez

CENIZA Y MIEL

Al subir la mirada del libro me abofeteó
el olor a ceniza y miel.
Dentro del círculo ausente
no estábamos a la altura de las circunstancias.
Lo sabíamos:
se puede no evitar todo.

Apenas dos días,
apenas unos muertos
apenas un instante
apenas tu piel en el círculo.

Apenas, apenas, dejamos de existir.

Sandra Gabriela Silva Anaya

FANTASMAS

Camino
entre
fantasmas
gritan
recitan
apuñalan
al silencio
que nunca fue su virtud
Entonces
deseo
araño sus voces
estrangulo mis pensamientos
imploro
acaben
de consumirme
pero
no
no lo hacen
me visitan
en la opacidad
con gélida
reflexiva
presencia
que carece
de lo inocuo
llegan
bendecidos de cantos nuevos

hoy pertenecientes
a otros orbes
donde mi presencia
emanaría cenizas
me fastidia
alegra
punza
arde
condena.

Carlos Alcorta

POR UN MOMENTO FUE TUYO

Desde su habitación llega la música
hasta mis oídos, casi sellados
por el hiriente ruido de la calle; una música
celestial que embellece la mañana.

Puede que así sonaran las primeras
tentativas de gratitud a Dios
de todas las criaturas por sentirse vivas
cuando el lenguaje no existía,
recién creado el mundo.

Mi hijo ensaya el *Concierto para oboe*
en re menor de Alessandro Marcello.
Yo levanto la vista de papeles
y libros y miro por la ventana
aún empañada hacia los árboles desnudos
y las flores marchitas del jardín
dejándome llevar por la mano invisible
del tiempo a otro lugar, ahíto de canales
y puentes, que aún permanece intacto,
como un licor embotellado, en mis sentidos.

¿Lograrán, me pregunto, las palabras
del poema fundirse con el pensamiento
para reflejar con fidelidad
lo que me estremeció aquel día al contemplar
óleos de Mantegna o *vedute* de Guardi,

lo que me hace temblar también ahora
que prevalece la naturaleza
domesticada sobre el arte?

Algo indescriptible se fortalece
dentro de mi mente sin que yo pueda
evitarlo, desborda las compuertas
de la memoria mientras se suceden las notas
que dan forma a esa emoción que desnuda
mi yo más verdadero. Es la voluntad
humana, forjada a través de cientos
de generaciones, la que consagra
este momento que me une a mis ancestros:
a aquel neandertal que pintó en Altamira,
cegado por sombras y presentimientos,
esos animales enigmáticos
sobre la fría roca subterránea
hace miles de años; al poeta soldado
que falleció en Niza tras ser herido
en el asedio al castillo de Le Muy
después de cambiar el rumbo de la lírica española;
a quienes padecieron el exilio interior,
como mi tío Ángel, que hablaba
con los caballos y estuvo acuartelado
en los desvencijados barracones de Jaca
durante meses interminables
después de perder la guerra;
a mis progenitores, temerosos
de lo que pudiera exigirles
la autoridad de turno
como contrapartida por pasar
desapercibidos, neutralizadas
por la costumbre casi del todo las calumnias
vecinales y las disputas ideológicas.

Soy uno de ellos. Poseo el mismo grupo

sanguíneo, una misma herencia universal
y guerreo con mis fantasmas mientras
la suave brisa que inflama la copa
del ciprés anuncia un cambio de tiempo
y se expande la música del alma por mis vísceras
como la floración primaveral,
ahora retraída por la oscuridad
—todo juventud e inocencia, todavía—
que se ha ido adueñado del espacio
a medida que escribía el poema.

Irene Sánchez Carrón

PARA QUE ESCRIBA YO

Para que escriba yo, aquí y ahora,
fue preciso
el odio de Medea y el hilo de Ariadna,
la caja de Pandora y el cantar de la amada,
el rezo de la monja, el filtro de Julieta,
que Venus se bañara y Artemisa cazara,
el dolor de Perséfone en el Hades
y el imán del pecado en el Edén,
que la mujer de Lot añorara Sodoma,
el obsceno rondar de Celestina,
que Sansón se durmiera y Adán no despertara,
que Ofelia enloqueciera, que Yerma no engendrara,
que la voz de don Juan me sedujera.
Para que pueda yo escribir, aquí y ahora,
fueron precisas reinas, brujas, ninfas, beatas,
huérfanas y madrastras, damas castas y locas,
esclavas, campesinas, rameras, trovadoras.

Antonio Díaz Mola

NIÑA JUGANDO CON UNA PIEDRA

Has tocado esta piedra,
este trozo de ruina
o de frontera violentada.

Tu puño es al desamparo leve
exigua fuerza
de quien no aprieta suficiente
por destrozar coloreado el mundo.

Pero no ambicionas tal derroche.
Tan solo juegas a robarle el alma.
La estrechas, la deslizas por la cara
mientras llueve y se limpia su volumen.

Piedra más grisácea en tus ojos grises.

Ignacio Gago

MUJER EN LA VENTANA

A contraluz el aire se hace denso.

El sol ha recortado entre la niebla,
con su luz celofán, el perfil de la tarde.

Hay un rumor propicio a la aritmética
recorriendo el silencio de las calles.
La ciudad se desmaya y yo la abrazo;
mi corazón se agrieta junto a un muro.

Contemplo el espejismo. En él me reconozco.
La soledad se filtra en los tejados
como una lluvia estéril.

Ahora te encuentro así, geométrica y azul,
detrás de una ventana. Tensa lengua de mar
que se adentra en la noche
y se desborda,
latido vegetal, faro encendido
por encima del tiempo y el paisaje.

Un barco leva el ancla.
Los cormoranes sueñan con la orilla.

Hoy quiero ver el mundo con tus ojos de espuma.

Sihara Nuño

Primera lección: que no te vean; que no te huelan; que no te escuchen.
Imagina la noche más oscura. La más oscura, antes de la luz. Antes de Edison y nuestra civilización moderna.
Ahí donde ha estado desde hace millones de años, la Luna.
Noche, oscuridad, luna. La ansiedad de una madre alimentando a su cría, protegiéndola. La supervivencia como único fin.
Ni dentro, ni fuera de la cueva se está a salvo. Al interior las bestias; al exterior las bestias, el frío, la lluvia. La cría sobre el pecho.
A la mañana siguiente, durante la recolecta, la cría oculta (recuerda: que no te vean, que no te huelan, que no te escuchen), pero la cría de humano es torpe, incapaz de mantenerse a salvo, de controlar su cuerpo, de conseguir su propio alimento, casi de cualquier cosa. Aprenderá. Sea cual sea la especie, llega el día que tienen que valerse por sí mismos. Aprenderá.
Contemplando la luna, ante un cielo nigérrimo, el misterio.
La criatura se agita mientras duerme, la madre la acaricia y la consuela (piensa como el poeta: tranquila, es la vida, asusta pero merece la pena). La cría llora y algunas veces es un alivio, anuncia el llanto su estar; algunas otras angustia, muestra su vulnerabilidad y delata su ubicación.

Diego Medina Poveda

CONTRAPICADO

Desde *La Tour de Bretagne* de Nantes

Abajo la ciudad nos contemplaba
en un contrapicado fastuoso
urdida en la corteza de las calles,
éramos esta vez
nosotros los gigantes y vigías del abismo.

No había edificio que pudiera
vencer la altura inmensa de sus ojos,
urbanas aves
que posan el deseo en ascensores
y suben por encima de las tardes.

Fundida al horizonte, recuerdo su sonrisa,
trémula por la luz que claudicaba,
y el rayo verde – al fin nuestra esperanza
encendida en la lumbre de una estrella
se desplomaba astuta en la certeza
de la sangre caliente y de las bocas.

Dos cuerpos que habían conquistado
el tiempo y su metrópoli
se besaban de noche vencedores
de la hora incesante,
del tráfico perpetuo de los días.

Abajo la ciudad les contemplaba
perdidos en la cumbre de las lámparas:
más alto era el amor que los tejados.

Ángeles Mora

OTOÑO

Quedarme sin palabras,
ser un libro vacío
en el otoño.

Eso temo en mi sueño
mientras veo
cómo se van cayendo
lentamente mis hojas
y alfombrando el jardín
que todos pisan.

Desconcertada tiemblo,
pero mis labios pisoteados
se niegan a estar tristes.

Al fin y al cabo,
hay que cerrar el libro de la vida,
desprenderse sin miedo,
poco a poco,
igual que un árbol
se desnuda.

Carlos Llaza

ELOGIO DE LA SILLA VIEJA

Sólo los vivos proyectan sombras;
ningún fantasma puede engañarnos.

Se sabe que, para ser cuerpo,
carne cual barro de soñadores,
primero hay que ser susurro al oído.

Sabemos que la madera se carcome,
que los nervios se aferran a las horas,
que toda grieta se cubre de moho.

Sabemos que esta luz es fugaz,
que la decadencia del esqueleto
de palo no es sino belleza pura,

que la angustia se incrusta en nosotros
cual astilla de espejo, que los tres Apus
cederán paso a la avalancha de nombres:

cuerpos de ruido a través de los cuales
los rayos miran y se dejan ver.

Miguel Floriano

METONIMIA

Existen para no ser dichos, pero en cambio
circulan por los nombres y las cosas.
Se entienden sin esfuerzo, igual que la llegada
de nuestros más afectuosos invitados
a la celebración de la gran fiesta.
Ninguno compartimos, amor, cuentan que digo.
No suenan nuestros pasos en la rosaleda
hoy que la recorremos, y la sombra
de la memoria estéril
oscurece el sendero. Cuánto rostro
sin vengar se refleja en el agua de la fuente,
cuántas conspiraciones en la música
del mirlo: así se van perdiendo,
tras la puerta tapiada,
si la recoges, mis palabras,
y de su misma soledad regresa
este silencio, que aún se escucha.

Son bella cicatriz que se moviera.

José Luis López Bretones

ESTRELLAS ERRANTES

He visto al hombre más afortunado
sonreírle a sus amos sucesivos,
he visto el llanto de la más hermosa
en medio de una ronda complaciente,
y a aquel otro, seguro, firme, alerta,
lleno de afán el paso y la mirada,
gemir al otro lado del tabique.
He reparado muchas veces en cómo alguien,
famoso y estimado entre su gente,
rodaba por el suelo del olvido
tan sólo al día siguiente de su ausencia.
Otros más jóvenes que yo hace tiempo
que abandonaron de una forma absurda
esta escenografía banal de luces falsas.
No obstante, nada de eso me consuela.
No he venido a vivir vidas ajenas:
mi suerte es sólo mía, y no le incumbe
el rastro de una estrella diferente.

Rafael Camarasa

DE LA MADERA DE UN POEMA DE SIMIC, ESTAS ASTILLAS

Los amantes desnudos ríen pletóricos en un poema
donde el autor los ha escrito
compartiendo miel y nueces, mientras nosotros,
lectores ensimismados del poema,
que ya hemos pasado por eso
y sabemos lo que sienten,
sonreímos de medio lado y los envidiamos porque ahí dentro
siempre estarán en pelotas, riendo
y comiendo nueces,
sin saber del ejército de arañas que ha conquistado Occidente
y que ahora llama a nuestras puertas
con repiqueteos de ocho patas.

Cecilia Quílez

ÚLTIMAS VOLUNTADES DE UN POETA

Mientras una está muerta
otros sacrifican sus corderos.
Borrachos beben su sangre, su nacimiento.
Las facturas veterinarias
hacen caja mientras los hornos esperan
el gran manjar para una celebración
insaciable.
Es curioso porque mis ojos de pez
no se cierran
y yo sigo expuesta en un supermercado
con las branquias sanas, limpias, muy rojas.

Todos se preguntarán
para qué sirve un muerto vivo;
para poca cosa, créanme.
La palabra se ha momificado
–es lo más terrible–
pero hablan las hojas caídas,
la huella de una mano proletaria en el cemento
para no perder el nombre
en un panteón extraño.
Los desahuciados piden tabaco
con la mirada de un libro prohibido
que no merece contarse a cualquiera.
Nadie entendería su hambre, la mala vida,
la peor suerte.
¿Cómo explicar que esto le puede pasar a cualquiera?

Es ahí cuando empiezo a desvanecerme.
Perdí todo, pienso, mientras estoy muerta.
Y una está así:
respira historias, pequeños o grandes vacíos
que un día otros congelaron
en su nevera de cuatro estrellas,
en su conciencia por no abrazar a la madre
al padre
al hijo,
al animal que hay dentro sin domesticar
por culpa de las prohibiciones
de los que no se ven como un animal.
Los secretos inconfesables
a las almohadas,
el grito en la casa de al lado.
Y sí,
el miedo a no despertar mañana.

Los homenajes mientras tanto
son de risa.
Porque nadie supone que tú ya no estás en este mundo
sino en otro plantando un bonsái,
picando roca en balde para descifrar
las tablas de Moisés
o la rosa de los vientos.
Mirad los anillos de la edad en vuestra piel,
recordad las inspecciones laborales,
el juicio mediático
a los ángeles sin nómina
que viven en esa casa de al lado.
La tristeza de la que huyen los publicistas
La que todos ocultan para ser escuchados.
El tres por dos de la estupidez humana.
Queridos míos:
también vosotros estáis muertos
Soñabais ser poetas

y la poesía también es desaparecer
("un poeta nace de espaldas...")
Abrid bien los ojos mientras expiráis
Porque morir es tan gratis como vivir.
Y hay que contarlo
si de verdad creéis que sois poetas.

Darío Jaramillo Agudelo

CONVERSACIONES CON DIOS*

3

Un día, me dijo Dios en otra ocasión, le habló a uno de esos cuerdos. El tipo no se atrevió a contarle a nadie que Dios le había hablado porque temía que lo tomaran por loco.
No pudo con la contradicción y enloqueció.
Pero ni cuando ya estaba loco se atrevió a contar que Dios le había hablado: seguía con miedo de que lo tomaran por loco.
O a que lo tomaran por cuerdo, ahora la memoria me falla, pobre Dios con mensajeros tan confundidos.

4

Es el rey del disfraz. Unas veces se disfraza de diosa. Otras veces bien podría ser una mosca que se te acerca al oído y te cuchichea algún secreto teológico o una profecía: casi todas las profecías que Dios me ha contado me las hace disfrazado de algo, no con su apariencia de Dios. (Si se presentara vestido de Dios, nadie lo podría reconocer).
A pesar de mi experiencia oyéndolo, no podría decir cuál es la apariencia de Dios, mejor dicho, no me pidan un retrato hablado del Creador.
Por ejemplo, nunca lo he visto de barba blanca en el papel de Dios Padre, ni mucho menos de nazareno, trabajando en una carpintería o cargando una cruz. Nunca.

5

Ahora ya no sé si debo hablar de mí. Que conste que algo de mí voy a contar, pero sólo aquello directamente relacionado con mis conversaciones con Dios.
Eso de conversaciones es un poco exagerado, un poco no, es muy exagerado de mi parte. Y no quiero ser exagerado con mis palabras porque mis palabras cuentan de Dios y Dios es la más exagerada exageración.
Iba a hablar de mí. Es el momento de callarse.

* Continúan las "Conversaciones con Dios" ya publicadas en el número 10.

Eduardo Moga

[SIEMPRE ESTOY SOLO…]

Cada uno está solo en el corazón de la tierra,
traspasado por un rayo de sol,
y de pronto anochece.
SALVATORE QUASIMODO
«Y de pronto anochece»

Siempre estoy solo.
Pero nunca estoy solo:
la muerte está conmigo.
Me acompaña cuando desayuno: echo aceite
a las tostadas, y ella me sonríe con dulzura, aunque sepa que ese aceite y ese pan
posponen —infinitesimalmente— el momento de reunirnos. Pero los días
son breves. Ella lo sabe. Todo es breve,
salvo la muerte.
La muerte se me pega a la piel
cuando me visto. Tiene un tacto agradable,
una buena caída. Pero los zapatos
siempre me hacen daño. Por eso prefiero
una muerte en sandalias.
La muerte está
en los cristales sucios de las gafas,
que limpio con esmero. Al acabar, sigue ahí,
transparente.
También está en las cosas que toco,
que exudan un sudor tenue,
parecido al que nos envuelve
cuando dormimos solos
o reparamos en nuestra orfandad
u olvidamos nuestro nombre
(yo me llamo Eduardo);
y en las cosas que miro, que adquieren
una rigidez diamantina
y me invitan a morir con ellas,
aunque no pierdan su disposición alegre,

ni dejen de exhibir una espesura palpitante
(incluso las piedras),
y alboroten y zapateen y se desencajen
como relojes perturbados.
La muerte me acaricia
con tentáculos de medusa.
                Me masturbo, y la siento
en las yemas de los dedos, en los vaivenes
cuya única conclusión es el frío,
un frío blanco
            como los huesos
o la nada.
  El pene —y lo que destila— es la muerte.
También lo es el gato que se afila las garras en la alfombra,
y el rayo de sol que se acurruca en el estante, entre las fotografías y el polvo,
y los melocotones que se pudren en el frutero,
y las plantas crasas que me observan, desde la ventana,
erizadas de tallos en cuyos extremos asoman flores
con las que reproducirse
y vivir más muerte,
            y el móvil
por cuyos circuitos viajan palabras que perecen apenas dichas,
impulsadas por la electricidad de la vida
y la inmensidad de la muerte.
Cojo una hoja de papel para escribir un poema
—o para intentarlo—
y el polvo que quito con el dorso de la mano —del papel, de la mesa, de los ojos—
es muerte;
        también la mano lo es,
y el poema que escribo.
Delante del lugar donde lo he escrito,
los plátanos despliegan un muro vegetal.
Las hojas, encorajinadas por el roce
de un sol desabrido, dan voces verdes, embrean de jade
el azul.
      Pero yo sé

que no son sino otra manifestación,
tumultuosa,
atardecida,
de la muerte que me acompaña,
de la muerte que soy.
La muerte es alegre
(he estado a punto de escribir «divertida»):
juguetea con nuestros labios
—les hace decir cosas como las que ahora digo—,
nos pellizca los lóbulos de las orejas,
se nos infiltra en los pulmones
como una polilla,
nos chupa los dedos de los pies
(sobre todo, el más gordo),
cuenta chistes.
La muerte es cariñosa.
Cuando amamos, morimos.
Cuando creemos haber ideado un verso feliz, también morimos.
Cuando asistimos a un entierro, nosotros somos el muerto.
Nunca estamos solos.
La muerte nos pone crema en la espalda,
nos alienta cuando nos entristecemos,
nos felicita
el cumpleaños,
nos sirve el té por la tarde.
Y, si no la vemos, la creamos
con mansedumbre aluvial,
con tenacidad de trueno:
trozo a trozo, abismo a abismo,
soldando sombras que sisean,
acercándonos a la lejanía
que nos constituye, entre calamidades
y orgasmos.
A veces, candoroso, creo que la muerte no está,
que se ha ausentado de una sonrisa,
o de un acorde,

o de una tipografía irreprochable,
o de un nombre de mujer.
Pero es un error
al que nos induce la muerte, que despliega
sus artimañas con sonrisa
de coima. (El diablo
también cifra su mayor victoria en persuadirnos
de que no hay diablo).
Ahí anda,
oculta en la superficie,
diáfana en la oscuridad,
y en el fuego con el que me unjo,
y en el derrumbamiento de los ojos, que sucumben
a los embelecos del mundo,
a su voracidad,
y en la dislocación de los cuerpos,
y en la irrelevancia del mar.
(Hay muerte en la bacanal de las células que se multiplican
sin objeto;
también en las que, luego de que el espermatozoide
haya expugnado el óvulo, se geminan
para formar un nuevo ser).
En lo minúsculo,
la muerte penetra como una vaharada sulfurosa;
en lo monstruoso, es cimiento
y definición.
Yo me rasco la muerte por las noches.
La oigo latir.
Percibo sus acúfenos y sus fasciculaciones.
Me cabe entre los muslos: es mis muslos.
Me sostiene las costillas: mis costillas la sostienen.
Y deja un rastro cosquilleante que confundo con el recuerdo.
Pero no hay recuerdo, sino muerte.
El calor de la sangre es el embozo de la muerte.
El lustre de la piel es la mucosa de la muerte.
La muerte está en la palabra muerte.

La conciencia no aloja la sustancia del ser,
                sino el edificio de la muerte.
¿Qué yo escapa a la destrucción del yo?
¿Qué alma no se emancipa —y se regocija— con la disolución,
con el deshielo de sus exiguos poderes?
                Morimos
a cada instante,
con cada esperanza
                (la esperanza es perversa: nos seduce para seguir muriendo),
con cada sorbo de leche,
o cada mano que aferramos,
o cada sexo que lamemos.
La muerte es, ahora, continuar escribiendo.
Este flujo en el que braceo, sumando sílabas
a sílabas muertas,
                que han muerto nada más nacer,
no conduce al significado: conduce
a la opacidad. La muerte es clara
y opaca. La muerte es una antorcha
en los huesos.
                La muerte
nace todos los días,
nos dice,
            nos pare:
nos abandonamos, o nos erguimos, en ella
para reconocernos,
                para no estar solos,
aunque nunca lo estemos.

Función de la poesía, función del lector, función de la crítica

JAVIER LORENZO CANDEL

En los últimos años hemos visto proliferar artículos dedicados a hacer un diagnóstico de la nueva poesía española, incidiendo en aquellos aspectos que tienen que ver con componentes puramente literarios en unos casos (donde la crítica se muestra feroz ante los nuevos planteamientos del género), en otros, dotados de una especial inquina hacia las propuestas de las editoriales, incidiendo en lo melifluo del género de la mano de estos nuevos resortes de la mercadotecnia; o, en otros, directamente levantiscos sin argumentación trabajada para defender sus tesis.

En cualquiera de los casos, la argumentación ha dejado solo diagnósticos más o menos acertados, sin proponer soluciones, sin abrir argumentos que sirvan, de un lado, para entender las raíces de la nueva poesía, y, de otro, para intentar trascribir la razón última (podríamos llamar sociológica) de su literatura.

Como todo movimiento social (y este no lo es menos) los pasos a seguir para justificarlo quedan adscritos a la sociedad, a las interpretaciones o a las características sociales propiamente dichas, para pasar a argumentar desde un diagnóstico que nos lleve a entender cualquier movimiento. De nada serviría desprenderse de una lectura de la sociedad que define a los creadores, de un análisis en profundidad de los resortes que, en cada momento de la historia, generan respuestas en este sentido. También aquí debemos estar atentos a los ritmos del mundo que nos rodea.

Es desde estos términos desde donde quiero analizar estos nuevos movimientos, atraerlos al análisis para dejar claro que no llegan a instalarse por generación espontánea, que sus respuestas no vienen definidas por nada que no sea los tres pilares que quiero desarrollar en este artículo: el poeta y las nuevas interpretaciones del material que utiliza, es decir, la palabra; el lector como elemento fundamental para condicionar los mensajes que se proponen, y el crítico de poesía como intermediario. En definitiva, y aprovechando las teorías de Eliot, la función de la poesía, la función del lector y la función de la crítica.

Estos tres componentes, que sirven para establecer diques de contención en los argumentos de crítica a los que me refería al principio, cuelgan a su vez de tres momentos de interpretación sociológica que sirven para afirmar las tesis que me gustaría manejar: la idea de tomar la palabra (*prendre la parole*) que defienden Michael Hardt y Antonio Negri, las bases del argumento del crítico literario Stanley Fish en torno a los criterios de autoridad de las comunidades de lectores, y, cómo no, las bases para la función de la crítica de T. S. Eliot. Tres momentos que dejan claves para el análisis.

TOMAR LA PALABRA

Si están ustedes familiarizados con las ideas que proponen Michael Hardt y Antonio Negri, el primero profesor de literatura en la universidad de Duke, el segundo una de las figuras más representativas del pensamiento político, desde postulados posmarxistas, adivinarán que es necesario, para interpretar la nueva poesía, transitar por dos términos sumamente interesantes: *El común*, como una suerte de movimiento global de acción directa sobre la sociedad y, por ende, sobre la política (la idea se confirma desde el análisis de las manifestaciones del 15 M en Sol, por poner un ejemplo), y la inversión de términos como *Táctica* y *Estrategia*, abordando dicha inversión como la necesidad del gobernante de ser eminentemente tacticista (históricamente la estrategia era una de las características de su visión política), mero gestor de asuntos cotidianos, frente a la estrategia asumida por la sociedad en su conjunto, que se convertiría en un motor social que representa cualquier movimiento de gestión política.

Pues bien, ambos nos dicen que las diversas manifestaciones, acampadas, ocupaciones surgidas desde 2011 han venido creando un ambiente muy eficaz para eso que llaman «tomar la palabra». Pero no queda ahí su argumento. Ambos están proponiendo que tomar la palabra no significa solo tener libertad para hablar, para exponer juicios, para defender causas sociales, tomar la palabra significa también trasformar las propias palabras, dándoles nuevos significados, vinculándolas a nuevas formas sociales, a nuevas conductas.

La construcción de estos nuevos significados nace del seno de las sociedades, se crean en comunidad escapando de la soledad.

Estas nuevas construcciones sociales han llevado a dar una dimensión nueva también a los planteamientos poéticos, adscritos, como no puede ser de otro modo, a los vientos favorables de las nuevas conductas de los grupos sociales, pegados definitivamente a los nuevos ritmos de la sociedad.

En trance de construcción, los nuevos resortes políticos han experimentado lo que podríamos llamar una amplificación de los mensajes. El mensaje social se ha construido en sociedad para que descanse en la propia sociedad, para que permee todas las actitudes, todos los conceptos, todas las formas. La sociedad, preparada para responsabilizarse de los nuevos tiempos, asume esa responsabilidad sobre el concepto de *lo común*. La sociedad es eminentemente *estrategia*.

La literatura no puede quedar al margen de estos asuntos. Los poetas, adscritos a estas conductas, han asumido la responsabilidad, no solo de compartir sus preocupaciones (que serían las mismas que tiene *el común* del que hablamos) sino también de manifestarlo con las palabras de la sociedad en su conjunto. Digamos que se ha desplazado cierto concepto elitista del poeta, a favor de un lenguaje social aceptado y compartido por todos.

Quiero, con esto, referirme a tres poetas menores de 30 años que han consolidado un movimiento en auge: Loreto Sesma, Irene X y Elvira Sastre.

Las tres definen su obra como la necesidad de contar historias que sirvan para que los lectores se sientan identificados, sean parte de lo poetizado. Están proponiendo que su poesía tenga sentido si ayuda a la gente, si existe esa comunión con el lector. Las tres toman la palabra para expresarse desde un sentimiento

común, desnudando los términos para acercarlos mucho más a quien ha querido identificarse con ellos. Sesma habla de sus poemas como de puro oxígeno. La palabra utilizada ha pasado a ser absolutamente necesaria para la vida, para sobrevivir.

Irene X, en su libro *La chica no olvida*, publicado por Espasa, aborda el tema del feminismo desde los postulados de la poesía, desde la misma evolución de la palabra que utiliza Sesma, y abre el foco de la comunicación allí donde los colectivos sociales aparecen en la propia sociedad. Digamos que la reivindicación que está suponiendo el #*Metoo* es el soporte de su poesía. Irene X comporta, por tanto, un compromiso con los resortes sociales, abre su mensaje para hacer notar que no existen individuos sino que el conjunto social es motor de reivindicaciones. Tomar la palabra es compartir la palabra de su generación.

Elvira Sastre también aborda el tema del feminismo de manera recurrente en su poesía con las mismas intenciones que su compañera de generación. Loreto Sesma, por su parte, reivindica un necesario cambio en las políticas referidas a la brecha salarial, asumiendo la participación activa en lo común. Activismo militante, en definitiva.

Eso es lo que argumentamos cuando decimos que tomar la palabra es darle nuevos significados, incluirlas en nuevos conductas y que estas definitivamente queden representadas en el mensaje. La poesía al servicio del mensaje.

Otra de las características de las tres, es que utilizan las redes sociales para difundir sus mensajes. Socializan, por tanto, desde internet para completar, de una manera definitiva, el ámbito de comunicación de su poesía. La red sirve como el exponente mayor para instaurar la idea del común de manera más inmediata. Sus poemas ya no son para el lector avisado, sino que se han socializado en su compromiso por tomar y compartir la palabra poética. Los poemas son espejos donde se reflejan sus lectores; el lenguaje, su claridad, es clave para esta comunión.

La nueva generación de poetas ha reinterpretado los conceptos para asumirlos desde la perspectiva de su época, la que, en definitiva, dota de significado verdadero.

Se trata de entender que la metáfora, por poner un ejemplo, desaparece en favor de un lenguaje claro, perfectamente asumible por el común, que transita por los temas más reconocibles, sin alharacas técnicas, sin representaciones oscuras. La claridad al servicio de la comunicación, la cercanía para que se dé el reconocimiento, internet para canalizarlo. Una poesía de línea clara para asumir un compromiso con su mundo.

Lo que está pasando es que estas nuevas escritoras, Loreto Sesma, Irene X y Elvira Sastre, han vivido la necesidad de socializar su expresión digamos– *literaria* desde postulados que pueden ser meramente políticos, desde premisas que constituyen una estrategia para recoger los nuevos modos de la sociedad y dejarlos caer sobre sus poemas. En definitiva, para hacer de la literatura un *común* que ha interpretado la realidad fuera del léxico dominante, alejada de críticas que la limiten.

Han entendido que, como dicen Hardt y Negri, las singularidades forman juntas una multitud.

EL LECTOR

Si he conseguido hacer entender el razonamiento anterior, no será difícil incidir en la figura del lector moderno sobre la que quiero argumentar a partir de ahora. Una suerte de lector que es el material más importante, no solo para remarcar lo bueno y lo malo, lo que se lee y lo que no, aquello que se resiste a abandonar las mesas de novedades de las librerías de nuestro país, sino también algo mucho más importante, algo que ha venido fundamentando estudios de relevancia en el ámbito de la literatura: el lector como autoridad en la interpretación de la obra literaria.

Stanley Fish, en un análisis publicado en 1980 por la Universidad de Harvard, titulado «Is There a Text in This Class?», nos habla de la reinterpretación de los conceptos, de los nuevos significados que aparecen en cada sociedad, condicionados por cuestiones meramente sociológicas que abordan la interpretación de los textos para dotarlas de significados diferentes dependiendo de cuál es la estrategia, por ejemplo, educativa de esas sociedades. Los estudiantes universitarios del siglo pasado, pongamos por caso, adoptan lecturas de libros como *Ulises* de Joyce que tienen poco que ver con la lectura que llegan a hacer estudiantes del siglo XXI. la sociología otra vez al servicio de la interpretación de los conceptos, de la literatura. Fish se pregunta por cuál es la interpretación más aceptable, cuál centra más el término, cuál se identifica mejor con lo que el autor ha querido dejar por escrito. Lo que para el lector del siglo pasado era una interpretación válida de, pongamos por caso, "El Cuervo" de Poe, esta no se ajusta a la lectura que un lector avisado hace del mismo poema en nuestros días.

La primera tesis de Fish descansa en la idea de que los tiempos condicionan la manera de abordar un texto literario, su interpretación.

Pero también debemos dejar claro que el análisis teórico que propone, implica también algo mucho más importante.

Los nuevos tiempos han llevado a encontrarnos en un territorio ciertamente apasionante en cuanto a la interpretación poética se refiere. Estamos en un proceso en el que el propio autor, el nuevo poeta, aborda el texto literario, no tanto desde su propia estrategia de comunicación, sino desde la estrategia de comunicación que ya ha venido trazando el lector. Un lector, dejémoslo claro, que se encuentra en la horquilla comprendida entre los 14 y los 30 años, con todo lo que ello supone para condensar temáticas y lenguaje.

Y aquí otra de las características importantes para entender el fenómeno: La música.

Es a través de esta disciplina desde la que los poetas referidos llegan a este lector; pero también donde se produce ese viaje de vuelta desde el lector demandante al poeta/músico.

Poetas como las tres a las que me he referido antes, pero también firmas como Marwan, Defreds o Luis Ramiro, vienen dando razones para pensar que el fenómeno del lector demandante se ha instalado en la poesía. Las letras de sus canciones, sus poemas, son análisis sociológicos que marcan claves de aceptación lectora. Quiero decir que saben que el lector espera tal mensaje, que quiere cantar o leer aquello que el autor canta o escribe, emocionándose por la asimilación de un mensaje que es suyo. Aquí también podemos analizar el éxito rotundo del Rap o el Trap, pero eso será en otro momento.

El lector, como protagonista absoluto de la poesía de nuestra tiempo, condiciona, en la mayoría de los casos de forma inconsciente para el que escribe, las ideas que maneja éste, sus argumentos, su forma de contarlos.

¿Estamos ante una creación a demanda de los sociedades lectoras? Diría que sí.

Estos argumentos nos llevan, necesariamente, a pensar que la nueva poesía española, la más reciente, se erige de la noche a la mañana en una suerte de producto perfectamente comercializable para las editoriales. Las características de la nueva poesía, apoyada en temas que, no solo interesan a sus lectores, sino que ya los han definido de antemano, pueden reunir las características de un ciborg que, a través de coordenadas y lenguaje informático, es capaz de administrar acciones que despiertan sentimientos paternales en sus dueños. O, mejor, la incursión de algo tan familiar para nuestra generación como es el algoritmo, base no solo de la nueva revolución tecnológica, sino también elemento fundamental en la construcción sociológica y política de las sociedades. Se justifica, entonces, que haya crecido de manera absoluta la cifra de lectores de poesía en nuestro país en unos pocos años.

La actitud del lector es un síntoma de garantía en el consumo de poesía, siempre lo ha sido. Se está escribiendo aquello que él ha venido demandando, desde la visión que él ha mantenido del mundo que quiere habitar, con el lenguaje que a él le conviene para nombrar su territorio. El lector de poesía ya no es un ser pasivo que espera lo que el poeta va a contarle, sino que se ha convertido en el proceso activo de la propia escritura. Y que, además, ahora pide canciones donde identificarse. En nuestro tiempo, poesía y canción están abordando territorios que se necesitan. ¿Cómo comprender si no los índices de ventas de estos autores? Pasar la barrera de los 30.000 ejemplares vendidos no es tarea fácil para el común de los poetas.

No debemos entender, por tanto, los procesos de creación desde los análisis del pasado. Debemos argumentar en este sentido teniendo en cuenta de qué manera las sociedades han establecido criterios diferentes, de qué modo han evolucionado y, definitivamente, cuál es el papel de ese concepto de *lo común* que venimos exponiendo desde el principio para acabar con el concepto de soberanía, incluso en la actitud del poeta. Podemos traer aquí esa expresión de los artistas que dice «me debo a mi público» para entender el sentido de lo que quiero decir.

FUNCIÓN DE LA CRÍTICA

En esta singularidad creativa, ¿cuál es la función del crítico de poesía?

Para T. S. Eliot la crítica debía incidir en el proceso de readaptación al mundo en el que se produce, no incidiendo en otras conjeturas. se trata, según sus palabras, de «aprehender el punto de intersección de lo intemporal con el tiempo» para descubrir cuál es la parte constante en la expresión poética y cuál la adaptada al tiempo en el que se produce.

Desde esta visión bipolar de la crítica literaria, podemos entender que el crítico debe mantener la medida de los cosas que condicionan al escritor para interpretar su mensaje. Desde una perspectiva objetiva, se trata de contextualizar la historia para acertar con el juicio crítico. Cierto es que el escritor debe ser reflejo de sus propias

condiciones de vida, debe ser un descriptor de las circunstancias de su tiempo y un prescriptor de las voluntades de las sociedades.

No obstante, el crítico literario de nuestro tiempo pareciera como que ha olvidado algunas de las características propias, sean estas las trazadas por Eliot o por Sainte Beuve o sean las teorías de Marcel Proust respecto a la incidencia de la biografía en el análisis de la obra, en la función sincrónica dentro de lo diacrónico.

El crítico sostiene su juicio desde la perspectiva de un vendedor de artículos de regalo, de un promotor de determinadas marcas de electrodomésticos o de un avezado charlatán de productos milagro. En cualquier caso, la función de la crítica se ha venido saliendo de los cauces normativos (sean estos los que sean) y ha incidido en otras cuestiones que, lamentablemente, exceden lo puramente literario. Se venden marcas o productos, no incisiones filológicas, no operaciones de descubrimiento voluntario de obras de arte. El crítico se ha convertido en una máquina de bajo voltaje.

Y repetimos nuestra pregunta: ¿cuál es la función de la crítica en poesía? Teniendo en cuenta el análisis anterior que pone al lector al frente de la nueva producción, se puede entender que la función crítica queda estancada en esa primera estancia, en ese primer momento en el que lo bueno o lo malo, lo destinado a triunfar o a perecer, se mantiene en el juicio subjetivo del propio lector que, además, ha venido trazando las líneas de argumento de aquello que quiere leer. No tenemos más que acercarnos a las páginas de los suplementos literarios para descubrir que la crítica de poesía ha sido, definitivamente, relegada, que ya no ocupa espacio en el grueso de la literatura que trata de ser comercial. O bien que los críticos de poesía han entendido que no sirve de mucho su juicio cuando, de manera fehaciente, se han escrito críticas negativas a determinados poemarios que han alcanzado cifras de venta inimaginables. Eso sí, las editoriales que publican a estos autores han conquistado el espacio del *best seller* solamente dejándose llevar, sin dedicar mucho tiempo a la promoción de sus poetas.

¿Es, entonces, el propio lector el que funciona como crítico en este proceso? No.

¿Necesitamos tal vez de una figura externa que proporcione juicios críticos? Sin duda. ¿Y qué características deberíamos asignarle?

Para empezar, podemos decir que en esta nueva construcción social, la credibilidad del juicio crítico no reside ya en los grandes nombres de la crítica, sino en elementos que nacen de la propia sociedad común y que argumentan desde la perspectiva de la validez o invalidez para la buena marcha de la sociedad. Es el juicio soberano de los grupos humanos en movimiento lo que viene a determinar lo bueno y lo malo en cada momento. Antes hemos hablado de esta identificación con la poesía de Loreto Sesma, Elvira Sastre e Irene X.

Los nuevos poetas saben perfectamente que no necesitan la crítica poética para vender sus libros, para atraer a los lectores. Sus argumentos son los que llevo definiendo en este artículo. La poesía de Irene X no necesita del visto bueno del juicio crítico para progresar. Al igual que la de los poetas de su generación está diseñada para transitar otros territorios. En la lista de más vendidos de los periódicos veremos cómo se instalan estos nombres en lo alto del escalafón sin necesidad de tener una columna dedicada a sus obras. Digamos que no hay relación entre la crítica poética y los nuevos poetas. Marwan, en este sentido, es capaz de afirmar que hay gente desde su atalaya que puede repartir el carné de poeta. La atalaya del crítico de poesía se está, créanme, destruyendo rápidamente.

La función de la crítica, entendida desde estos argumentos, queda en el plano que nos permite entender que los criterios y las emociones que se tienen en cuenta para el proceso de escritura vienen definidos por esta singularidad social, es desde la conciencia de grupo desde donde puede empezar a hacerse entender.

Nadie, con un juicio crítico particular, podrá acometer la función crítica en poesía. Será la propia sociedad en su conjunto la que juegue este papel tan determinante. Los grupos humanos tiene la fuerza de la definición.

Entendido esto, podemos llegar también a entender que la nueva poesía ya cuenta con estos resortes para asumir su propia función crítica. No es desde la perspectiva de la erudición y el análisis filológico de las obras desde donde se proporciona valor, sino desde la propia afirmación del grupo humano a quien representa, el mismo que queda representado. Los lectores (hemos dicho más de 30.000 en cada tirada) y los poetas han establecido los criterios para habitar un territorio común. El territorio del *Boom*.

La función crítica se ha convertido, entonces, en un sistema de deseo de aquello que hemos querido desear, sea este diacrónico o sincrónico, argumentativo o descriptivo, malo o bueno.

La vieja crítica literaria puede ocupar el espacio de los medios de comunicación, puede argumentar desde su atalaya reivindicando lo que para el crítico es bueno o es rematadamente malo. Su juicio tiene un corto recorrido en este extenso territorio de la nueva crítica porque, entre otras cosas, esta vacía de argumentos que defiendan otra cosa que no sea el producto surgido de la sociedad que lo ha hecho posible.

Hasta aquí un análisis telegráfico de lo que supone el nuevo viento de cierta última poesía española. Tanto la idea de tomar la palabra, como la de reivindicar a un lector que condiciona el campo de la creación literaria, o la de proponer espacios universales para la crítica, son los soportes que nos sirven para empezar a entender los nuevos movimientos poéticos.

Amparadas en esta especie de triunvirato, las obras de creación están proponiendo los nuevos modos de la sociedad, argumentando desde ellos, con la seguridad de saberse elementos indispensables en el recorrido común por sus territorios. Están reivindicando desde el único campo posible para la reivindicación: la sociedad en su conjunto. Y están utilizando los materiales de uso común de los que trabajan construyendo los nuevos modos sociales.

Si creemos en una sociedad en movimiento, si somos capaces de pensar en la evolución desde los postulados planteados en este artículo, no nos puede extrañar que los resortes de esta nueva poesía sean los que son. Quizá ellos sí han entendido que sobre la base de la sociedad en su conjunto, sobre los argumentos que vinculan la capacidad estratégica a la sociedad, tal y como vienen exponiendo pensadores como Hardt y Negri, existe un terreno de prosperidad intelectual que *lo común* ha puesto en valor. A mi juicio estos movimientos no se identifican con viejos tiempos disfrazados de nuevos tiempos, no son ejercicios de una ley pendular que hace repetir la historia. El movimiento social al que quiero referirme, y que incide directamente en la literatura actual, ha venido a sentar las bases de un nuevo orden social, de nuevas conductas para la reflexión. ¿Llegará alguien ahora, instalado en otros postulados, intentando salvar a la poesía?

Sobre la poesía reciente de José Iniesta

ADA TRZECIAKOWSKA

Hace poco mi paisana, la escritora Olga Tokarczuk, en el discurso de aceptación del Premio Nobel postulaba la urgencia e idoneidad de instaurar la figura del narrador tierno. Narrador que no estuviera reducido a la implantación de un constructo gramatical, sino que encerrara en sí las perspectivas de los personajes y, a la vez, supiera trascenderlas, materializando de esta forma la posibilidad de ofrecer al lector una suerte de parábola. El escritor que ambicione contar desde este enfoque ideal, según Tokarczuk, ha de llevarlo todo a sus adentros. Todo lo que está presente en su escritura lo ha de pasar por su filtro íntimo –las personas y las cosas, lo vivo y lo inanimado, ajeno y distinto–. Cada objeto, cada persona debería ser observada de cerca y hecha por el narrador suya para conseguir una óptica universal y completa y, simultáneamente, íntima y personal. En este proceso de la interiorización es vital servirse de la ternura entendida como el arte de co-sentir, com-padecer. La ternura personaliza a sus objetos, les dota de la voz, les ofrece el espacio y el tiempo necesarios para su existencia y expresión. La ternura es espontánea y desinteresada, es un consciente y algo melancólico compartir el destino. Intuimos que el narrador tierno simboliza un punto de vista desde el que se abarca todo. Ese ver, abarcar o abrazar implica también reconocer que todo está interrelacionado, que forma una totalidad, aun si no somos capaces aún de explicarnos la clase ni el significando de dicha relación.

No en vano pretendo evocar al narrador tierno. Esta es la ternura con la que el poeta José Iniesta se enfrenta al mundo en su obra y, dada su coherencia interna, también en la vida. En su reciente poemario titulado *Llegar a casa* (Renacimiento, 2019) José Iniesta a través de la ternura levanta su ciudadela interior, (en términos de Marco Aurelio). Para el estoico, igual que para los budistas o los meditadores, en ningún lugar podemos encontrar más paz que en nuestra propia alma. Allí es donde se halla un rincón que nos permite experimentar la sensación de ser libres de la inquietud y del tormento. Posible solo si tomamos conciencia de la infinita pequeñez de nuestra existencia, conforme la invitación de otro Premio Nobel, Harry Martinson:

> Ejercítate por tanto en el arte de soñar lo bueno
> tan totalmente que tú puedas ser lo bueno plenamente,
> y practica el gran arte del consuelo
> que reúne de nuevo el coraje de tu corazón.

(“Lo incansable”)

De los versos de José Iniesta surge el autorretrato de una persona que resiste. Que no cesa en su esfuerzo por construir una ciudadela interior, el refugio donde resguardarse del frío metafísico. La casa que aparece en el título del poemario arropa, calienta con el fuego, ofrece el pan, la compañía, el compartir repitiendo gestos de nuestros antepasados:

En torno de la mesa qué aventura
servir a mi familia el pan reciente,
repartirlo en la cena con mis manos.
De golpe todo significa más.
Hoy nada soy,
                ni sombra,
                al alumbrarme
aquí con el amor de vuestros rostros,
y se abre al alborozo mi existencia
como un árbol creciendo desde dentro
para ser en el aire las ramas de la luz.

("Dar el pan")

La ciudadela, la casa del poeta, es un territorio en el que se construye desde la humildad. Él la llena de luz, del sol que se filtra entre las hojas del granado del patio, deja las sandalias en el suelo, amuebla con una simple mesa, con una cama compartida con la mujer amada. Alrededor florece el rosal, el viento mece los álamos, el almendro, pasan los vencejos.

Dice en "Ars poética":

No sé dónde llegué, después de todo.
Jamás tuve certezas. Avanzamos
a tientas por la niebla que persiste,
y es una suerte estar a campo abierto
si sabemos seguir junto a la vida.
No sé el porqué
                ni el cuándo. Me retiro
despacio en la intemperie, mi refugio,
donde siempre se alivia mi dolor
al lado de un almendro que florece.

Ser hombre no debería significar vivir apartado de las cosas, pero lo cierto es que la inteligencia nos distancia de la naturaleza. Sensibles al lógico y convincente encanto de los números reducimos el entorno a su probable aporte pragmático hecho a partir de mediciones objetivas. Los superhombres modernos en el ejercicio despiadado de la autocensura elegimos la duda frente a la ridiculez con la que asociamos cualquier muestra del fervor metafísico, sofocamos cualquier llama de lo sublime y lo elevado, cuestionamos el anhelo de la comunión y sintonía con la naturaleza –obsesionados con la dominación– y, de paso, negamos cualquier posibilidad de trascendencia.

Escribe Iniesta:

> ¿Quién sigue aquí
> construyendo su casa verdadera
> si soy la lejanía y me derramo
> en todo cuanto existe alrededor,
> (…)
> si ahora soy la nube de qué cielos,
> el humo que en el aire se dispersa,
> el amor que sí sabe arder anónimo
> al amparo de un árbol, bajo el sol?

("Junto a los álamos")

Poco a poco, volvemos a darnos cuenta de que son las emociones el elemento que nos ata al mundo. Gracias a ellas es posible sentirnos parte de un tejido, de un todo vivo. Cuando experimentamos "el sentimiento oceánico" las fronteras entre el yo y el mundo se diluyen. Escribe Rilke: "Aún no sé si soy halcón o vendaval / o un grandioso canto", y José Iniesta confiesa "si soy la lejanía y me derramo/ en todo cuanto existe alrededor". Ambas citas recuerdan que nuestra existencia transcurre en dos dimensiones, vertical y horizontal simbolizada por la línea del tiempo. Las vivencias nacen en las profundidades del ser, en el plano de lo sagrado, y siempre en la interrelación con lo distinto. Los versos de Iniesta evocan aquel instante atemporal de revelación, donde lo ajeno nos abraza y nos observa:

> El balcón está abierto
> a lo innombrable.

("Ars Poética")

> Contempla en el paisaje destruido
> la ciega dimensión de lo profundo

("Salvación")

Me gustaría volver una vez más a Rilke. En una carta llega a cuestionar el mundo construido a partir de lo observable y medible. "¿Es posible que, a pesar de las invenciones y progresos, a pesar de la cultura, la religión y la universal experiencia, nos hayamos quedado en la superficie de la vida?". En sus poemas José Iniesta enseña que las experiencias profundas de origen estético y espiritual estrechan nuestros lazos con el mundo, responden a la sensación de pertenecer a este "aquí y ahora" tan pleno de comprensión y aceptación, dado su carácter universal. A lo mejor, José consigue lo más difícil: elevarse y, a la vez, echar raíces fuertes en la tierra. Como un bello árbol, que con sus hojas canta al mundo y con las raíces bebe de su pozo oscuro. Esa mirada consciente y completa es la que le permite al poeta escribir esa suave queja:

Hoy envido a las nubes, nada saben.
Hoy me cuesta creer
y todo es alma.

("El paso de las nubes")

No obstante, volvamos al concepto de la casa. No se nos debe olvidar que esta casa, es, en realidad, una fortaleza, aunque eso sí, tiene la puerta y las ventanas por las que penetra el mundo. En uno de los poemas leemos:

Abro la puerta.
Me siento y me levanto. Deambulo
en un ir y venir que a nada lleva
entre estos cuatro muros de la casa,
la tensa vibración que no responde.
No sé qué me sucede, las medito
y no concluyo nada,
aunque presiento
aquí
que hay algo que trasciende la espiral
de mi existir secreto y semejante:

Nos asaltan preguntas: ¿De qué hielo, de qué tormento tiene que proteger la casa? ¿De qué oscuridad y de qué fieras tiene miedo el poeta? ¿Sobre qué clase de resistencia íntima indagamos?

La luna está temblando en el balcón.
Somos de la penumbra y nos alcanza
este puñal del cante en pleno pecho,
y la herida del tiempo y sus fatigas
es remota y profunda
en nuestra carne

("Ars Poética")

Contempla en el paisaje destruido
la ciega dimensión de lo profundo,
el humo de la vida en la humareda.

("Salvación")

Nuestra existencia transcurre en el punto de escisión de dos realidades. No somos únicamente la materia, ni tampoco seres exclusivamente espirituales. De este desgarro mana el dolor y la sensación de la soledad. El ser humano desea, debe trascender la realidad pragmática, la realidad en la que ha sido arrojado, esa

realidad circundante que se presenta hostil. Somos pasto del tiempo, cada día nos estamos ejercitando en el arte de perder lo que más amamos (como lo cuenta E. Bishop con cierta dosis de ironía). No hay día en el que el horizonte no se oscurezca por las sombras de las guerras, las desgracias, las catástrofes naturales, la presión social que nos oprime. Esta es la realidad más contigua, el mundo donde trata de sobrevivir un ser contemporáneo sometido a una crisis continua. Otro poeta, el polaco Adam Zagajewski, lo describe como mundo herido, mutilado. Sin embargo, trascender nos lleva a descubrir que tampoco el ángel, criatura limítrofe y fronteriza, nos oye. Trascender, por tanto, tampoco trae alivio. Lo único que nos queda, insinúa Rilke, y tras él, Zagajewski, es alabar la belleza trágica de nuestra circunstancia:

Intenta alabar al mundo herido.
Recuerda los largos días de junio,
fresas silvestres, gotas rosadas de vino.
Los hierbajos que metódicamente invadían
las casas abandonadas de los desterrados.
Debes alabar al mundo herido.

("Intenta alabar al mundo herido")

José lniesta canta al mundo herido y lo alaba mediante paradojas. Cada verso da testimonio de una mirada profunda, sensible para con la tragedia inscrita en cada segundo de nuestra breve existencia.

Hoy es mía la vida, y por los cielos
de la tarde sin duda más hermosa
el vencejo regresa
con vuelo y plenitud
rozando con su grito los tejados,
rayando mundo adentro los azules
del amor que sí somos,
y la muerte.

("Tarde de primavera")

El sufrimiento que experimentamos en nuestras vidas es tangible y evidente. Los sabios budistas lo consideran inevitable. Omnipresente, no siempre punzante, a menudo leve y amargo, invade incluso los momentos de más dicha y gozo. El dolor ligero en forma de melancolía, nostalgia o malestar supone nuestro contexto más universal. Aunque no nos es dado poder suprimirlo, podemos aspirar a su comprensión última, no racionalización, sino el entender profundo de los motivos de nuestra insatisfacción. Es la ignorancia la que nos aboca a una búsqueda interminable, nos hace dependientes de desear más y más, nos empuja a una acción volitiva que no tiene fin. Confrontemos esta suposición con las confesiones del poeta:

La enseñanza de las nubes
(…) No tienes más que tu canción

Selva del amor
(…) Nada me pertenece. Todo tengo,
y es mío por los bosques del otoño
el júbilo sencillo
de tu hacer desatado.

Al lado del amor
(…) Ya no buscamos nada. Respiramos
más hondo
el aroma en el aire
de la lluvia que fue.

Los ejercicios espirituales: la labor poética, el cultivar "rosas en la escarcha", el continuo hacer fluir la savia desde las raíces oscuras hasta las ramas que cantan con el viento son los elementos que forjan a un hombre completo, bello de una manera algo trágica, dado que ni la gratitud ni la plenitud que llega a sentir en los años maduros le vienen dadas al nacer. Son fruto de una vida consciente, de una labor incesante y diaria por levantar ciudadelas, casas, para, desde allí, una vez asumido el dolor y descubierta la belleza, dar las difíciles palabras de gratitud. En la casa construida por el poeta se respira comprensión, compasión, amor y ternura que envuelve a sus seres queridos, hacia los objetos, enseres, pequeñas costumbres, plantas, hacia esa rama "suspendida en el aire que la acepta". Así es como nos canta y alaba este mundo mutilado José Iniesta. Y generosamente nos hace partícipes de este canto, nos transforma subterráneamente prestando su mirada grave y tierna, despejando el camino a la reconciliación con la vida, cuando aprendemos a decir con él "ya no tengo miedo a las fieras". Este es el misterio de los poemas en apariencia sencillos, en los que, no obstante, como en un muro, se apoya el cielo entero.

RESEÑAS

Gummi arabicum Transmutación Cirlot-Pisonero

CARMEN DÍAZ MARGARIT

Encarnación Pisonero
Como un Lucifer vespertino
Dauro, Granada, 2019.

Según Cirlot, el *gummi arabicum* lo usaban los alquimistas para señalar la sustancia de la transmutación por creerla, en lo espiritual, dotada de análogas virtudes adhesivas. *Como un Lucifer vespertino* es una transmutación de los *88 sueños* de Cirlot en 66 poemas de Pisonero. El año en que nació la poeta se publicó *Ochenta sueños* de Cirlot. Esta entrega es un homenaje visceral y total a Cirlot.

La creadora siempre encuentra nuevos misterios en los textos cirlotianos. El esoterismo de Cirlot o su impresión de haber sido un cátaro en otra vida –pues recuerda vidas anteriores–, lo convierte en un poeta original en la historia de nuestra Literatura. Dialogar con su obra es un reto muy difícil que Pisonero consigue con su extraordinario don para la poesía. Su obra es un homenaje original e impecable de la obra cirlotianana, además de provocadora y visionaria: "Multitud de ojos invaden mi vientre mientras veo cómo un gato muerde los pezones de mi madre".

En este libro Encarnación Pisonero es surrealista en la medida en la que Cirlot lo fue, es decir, no de una forma ortodoxa. Cirlot nunca se consideró un seguidor auténtico de Breton. En consecuencia, Pisonero tampoco. Pero hay un punto en común importante entre la poesía de Cirlot/Pisonero y los surrealistas franceses: la utilización de la imagen nacida de la analogía, de donde nace el interés de todos por el símbolo. Esta poética nacida de Cirlot se basa en la polivalencia simbólica de la imagen. También se asemejan Cirlot y Pisonero en el uso de recursos surrealistas como la homofonía, la aliteración, o la repetición, como este ejemplo de la segunda parte: *El mar r,r,r…*

Sin embargo, en los poetas españoles se perciben continuamente ecos de ocultos significados y la conciencia se convierte en el hilo conductor de sus obras, lo que les aleja definitivamente del surrealismo francés para aproximarse a la poesía simbólica.

Estos dos poetas se insertan en la tradición del oscurantismo, muy vinculada al hermetismo y al universo esotérico. Poetas como Baudelaire y los simbolistas heredan de la doctrina esotérica su ley de correspondencias, como también lo hacen los poetas que nos ocupan, que entroncan con la tradición de poetas visionarios como Blake o Hölderlin, muy presente siempre en la poesía de la pitonisa. Escriben bajo el signo del oráculo y el milagro. Así, cuenta Encarnación Pisonero: "He decidido hablar sobre sueños, porque es allí donde se producen los milagros".

En este nuevo poemario, la poeta nos sumerge en una nueva cultura heterodoxa, a veces difícil, como nos tiene acostumbrados en títulos anteriores. Es también un libro metafísico: *"nada de lo terreno de este siglo satisface mis ansias de lo eterno. Y por supuesto de amor: tú eres la llama que encendía mi cuerpo"*.

Como un Lucifer vespertino, título que surge de la propia obra, comienza con citas de Cirlot, san Juan de la Cruz y Angélica Liddell. Consta de tres partes. La primera, "Solo como una isla", consta de un sueño por cada una de las letras de alfabeto hebreo. Dentro de las ciencias ocultas, ocupa un lugar fundamental la Cábala hebraica, la ciencia de los números/consonantes, cuyo origen estriba en el hecho de que en hebreo cada letra del alfabeto tiene un valor numérico.

De esta inspiración surgen veintidós poemas entrelazados. Cada poema comienza con la misma palabra que termina el poema anterior. Las palabras elegidas son: guerrero, oscuridad, amor, aquello que más quiere, isla, sueños, lirios rojos, se oculta, danza, sangre, conjuros, estelares, desierto, vida, amenaza, angustia, no puede, su mandato, un pájaro, mortales y espíritu: "Espíritu que atravesó los mares buscando todas las sirenas". Estas palabras revelan parte del contenido semántico de un libro donde el símbolo de la espada es central y a la vez enigmático. La espada es el

símbolo fálico por excelencia, del hombre, y es también la cruz del cristianismo –como nos recuerda su autora–, que sueña o tiene pesadillas con espadas, como su cruz constante, signo e instrumento.

La pitonisa nos cuenta su ardid en las batallas: "El sol rojo que a veces me persigue que no es augur que ayude en el combate". Su lidia amorosa rememora títulos anteriores: "Recela del duelo en el que ha de batirse si logra el amor de la mujer que persigue". También crea desde la oscuridad y los seres sobrenaturales: "Danza de saltamontes (…) Pequeños monstruos como caballos aparejados para la batalla", con constantes referencias a Cirlot.

La segunda parte, "Al dictado", tiene también veintidós poemas, la mayoría de los cuales comienzan con versos del poeta catalán. Tras leer más de tres mil páginas de la obra de Cirlot, la autora de *El prisma en la mirada* pretende conseguir una especie de automatismo surreal o mediúmnico en su indagación amorosa: "busco sin descanso a la Doncella que perdí en otro tiempo". El amor sigue siendo hilo conductor: "Mas siento tu presencia en cada instante y sé que me sigues igual que perra en celo". En esta pieza, también continúa la simbología de la espada, los cristales, el sable, los puñales: "Bronce era la empu*ñadura de mi espada*". Aparece el tema de la muerte también como tema recurrente en su poética.

En la tercera parte, "Motu proprio" –también con veintidós poemas y a su vez iniciados muchos de ellos por versos de Cirlot–, comienza con una búsqueda de su identidad, inmersa en duelos: de Excalibur al dragón rojo, y de Ofelia a Homero. A su vez, mantiene la oscuridad simbólica y onírica. También nos sugiere –con la rosa de los vientos y el reloj del tiempo– el tema del tiempo y el de la muerte. Denuncia las guerras: "Malditos los soldados y todos los traidores". Este poemario es hermético y sugerente, y nace de un estudio muy profundo del mundo simbólico y de lo oscuro. También es fruto de un intenso trabajo intelectual y creativo que se ha dilatado durante muchos años.

Como un Lucifer vespertino añade a su obra una nueva voz, un universo poético, una cadencia, una expresión mímica de Cirlot, que evoca las grandes aventuras líricas de la poeta y de nuestra historia de la literatura. Ya publicó en verso y en prosa un libro, *Permiso para embalsamar* (2014), como hiciese también Juan Ramón. Ahora nos sorprende con esta versión de los *88 sueños* de Cirlot, una poesía nacida del mundo lírico porque, como dice Mestre: "las palabras del poeta hablan de cosas que sólo ocurren en la poesía con las palabras del poeta".

Cruel mundo cruel

JESÚS CÁRDENAS

Miguel Sánchez Robles
El destrozado cielo de los charcos
Excmo. Ayuntamiento de Cáceres,
col. de poesía Ciudad de Cáceres, 2019.

Miguel Sánchez Robles (Caravaca de la Cruz, 1957) es autor de una sustanciosa y relevante obra que incluye el género narrativo (tanto relato corto como novela), el lírico y el ensayístico, como prueba el logro de significativos reconocimientos, tales como el Premio Internacional de Novela o el Premio Torrente de Ballester; o el Leonor y el que nos ocupa, el premio de poesía de Cáceres, Patrimonio de la humanidad, con *El destrozado cielo de los charcos*. En algo más de veinte años de dedicación ha dado a la imprenta títulos como *Treinta maneras de mirar la lluvia*, *La vida que nos vive*, o *La sucia piel del mundo*, más el que viene en camino *Saliva para náufragos*, Premio Vicente Núñez. Lo que deja ver a un escritor prolífico y avezado lector, de corte existencialista y meditativo.

En una de las entrevistas, el propio autor declaraba que «Yo busco eso al escribir y al leer: ese sentido profundo y mayestático que hay en las palabras, ese poder ver lo que está al fondo de todo». De lo que se deduce una poética que desvela la existencia frente al desconcierto de la oscuridad; al cabo, la lucha de ser. El hecho de ser viene contraído por una visión pesimista a juzgar por algunos de los versos epigramáticos que sazonan sus poemas: «La poesía es ese diálogo con las cosas, / que son más oscuras y profundas

que el mundo»; «Escribir un poema se parece a salvarse».

A través del conjunto de la obra de Miguel Sánchez Robles puede rastrearse una serie pasadizos que conectan sus textos en prosa con sus escritos poéticos, obsesiones y perspectivas comunes. Algunos de los motivos temáticos que transitan las obras de este observador apasionado de la realidad son: la memoria, la crueldad del mundo, la ausencia de Dios, las derrotas cotidianas y la propia poesía.

El título del libro nos remite a un poema del poeta valenciano Juan Vicente Piqueras, «El cielo de los charcos», perteneciente al libro *La latitud de los caballos*. Los charcos no reflejan un mundo ingenuo ni rememoran la infancia, sino un mundo cruel, violento. Parece como si se le hubiese adherido una sucia y fea costra de un mundo que nos impide crecer, ser felices, lo que afecta a la voz que aparece afectada, dolorida.

El conjunto de poemas es presentado como unidad: cuarenta y cuatro textos titulados que dan la sensación de monolito. Tal vez su autor compusiera los textos en fecha cercana, lo cierto es que todos guardan entre sí una relación muy estrecha tanto temática como formalmente, dando cohesión al libro.

Entre sus preferencias lectoras cabría nombrar a César Vallejo, Gil de Biedma, y Bukowski, pero, a tenor del número de citas que acompañan a sus poemas, podría decirse que Sánchez Robles se ha dedicado a espigar versos selectos de la mejor poesía universal. A veces las huellas son algo más que ecos, y el poeta caravaqueño las teje en su poema, con motivo de un pensamiento semejante que los une: «Pero en realidad, / como dice Leonard Cohen: / "La poesía es solamente la prueba de que hay vida. / Si tu vida se está quemando bien, / la poesía no es más que la ceniza" ».

El hecho poético trata sobre su definición e interpretación desde una perspectiva existencialista. Así, concluye con dos versos magníficos el poema «Lluevo»: «Quiero decir que lluevo en este cuerpo roto / que todavía escribe para olvidar el daño». En «Sutura para curar el desencanto», la escritura toma forma de *Ars moriendi*: «Escribir es morir. / Morir como quien deja una luz encendida».

A medida que el lector va dejándose envolver por estos poemas, el tono va mutando de nostálgico a dolorido, de voz susurrante a grito pelado, tal vez porque la imagen del mundo ha cambiado por completo: ha dejado de ser un lugar de encantamiento. Y en él no tiene cabida el ensimismamiento sino el sentimiento de lástima y dolor por tantísima quiebra. La poesía visibiliza realidades rotas en una sociedad indiferente y opresora: «A veces miro el mundo como los niños al llorar». El dolor por el recuerdo que evoca los años transcurridos provoca la tristeza y una visión negativa de la vida.

El dolor parece estar tan interiorizado porque al sujeto le duele seguir mirando con los mismos ojos el mundo. Ante él se muestra cruel, imperfecto, oscuro, donde, ante la ausencia de Dios, habitan seres imperfectos, banales, que llegan a reconfortar tardes ociosas: «Incluso esas criaturas tontas / que salen en la televisión / y nos consuelan un poco».

Un mundo perfectamente organizado no exento de una perspectiva irónica de nuestra sociedad, que actúa desde la ignorancia o el falso entendimiento de la vida, tal como se desprende de la lectura «Sutura para entender qué ocurre»: «Nos sentamos correctamente en la mesa […] // y aparentamos saberlo todo desde siempre. En «Sutura para perdonar lo que ocurre II» se acepta irónicamente que «todo está bien», sin embargo la conclusión no puede ser más desoladora: «el futuro ya es un lugar sin remedio». La visión de un mundo deforme, donde los seres se han apoderado de un fingimiento que los lleva a la cosificación, es recreada en «Escenas de la especie».

En un intento por traspasar la frontera del yo, se visualiza a los seres más frágiles de otros lugares y el poeta toma conciencia de ese dolor colectivo, universal: «Y luego están esos países en los que los niños pasan hambre / y todos lloran el ruido de sus sueños rotos». Acaso, para que encuentren cabida en un mundo tan despiadado («un país suicidado»), el autor evita el uso de eufemismos, dando fe de un universo canalla, como puede verse en «Sutura para aceptar el mundo». La sociedad actual se nutre de muchos males, así que ha perdido el interés y el futuro está perdido. Leemos en «Las afueras»: «porque estamos

condenado a una extinción». Y, finalmente, en el verso concluyente de «Sutura para cerrar un libro»: «todo parece próximo al desastre».

En recuerdo del *Carpe Diem*, la existencia queda reservada para los que salen a vivir, desconcierta vivir sin ese pálpito: «La gente a veces muere sin haber llegado a vivir». Se presenta distintos rasgos de la poética de la fragilidad de lo cotidiano, que causa el asombro en las calles, en los hoteles, en el autobús, en el ascensor... Ante la intensidad de vivir plantea una tensión con el transitar de los días, lo que supone un *ars vivendi*. Siempre se sitúa en el filo del precipicio entre el todo y la nada, en lo hiperbólicamente desmedido, ahí encuentra su sentido de existir, entre el amor y la muerte: «Un día me moriré / de querer tanto a alguien».

Pese a todo, el poeta no se rinde y emprende una búsqueda que no parece tener fin. El sondeo tiene lugar en cualquier parte ya sea común o abstracta, recreándose en lo más inconsistente: «Yo te busco en las luces / que tiemblan en los charcos». El canto es casi desesperante hasta que concluye: «Me da miedo que un día ya no pueda buscarte». En otro poema, «Aquí sangra yo», la búsqueda sólo servirá para constatar la soledad terrible del sujeto: «Vivir es una forma de desangrarse solo». Y en «Equipaje de amor para la Muerte», al recapacitar en la ausencia, comprende, al fin, que el proceso es improductivo: «y es inútil buscarte, / volver sobre los pasos donde se heló tu vida».

A medida que nos acercamos al final del libro, los poemas son más desesperanzadores, y, en consonancia, el tono se vuelve elegíaco. La perspectiva elegíaca viene dada por la conciencia de la temporalidad, donde la reflexión que origina la visualización de un mundo tan cruel y corrupto, provoca cierta rendición. La voz nos muestra todas las aristas de la realidad con honestidad y desnudez. Mientras se busca lo humano, se explora incesantemente en un radio exterior, que va desde dentro hacia fuera, articulándose lo personal y lo colectivo. La intemperie encuentra a un ser con la necesidad de expresarse libremente sin tapujos ni tabúes.

Los versos epigramáticos o sentenciosos presentados mediante el empleo de metáforas y símiles reflejan el pensamiento del poeta. Y aunque suele provocar un ritmo entrecortado, la repetición del esquema versal de los versos imparisílabos forma un discurso armónico.

A lo largo de este conjunto de poemas, Miguel Sánchez Robles consigue, en definitiva, conjugar hábilmente lo escrito y deja sobrevolando lo que ha quedado por escribir. Queda en el lector la abrumadora certeza de la fugacidad de todo.

Un tejido en perpetuo movimiento

DAVID GONZÁLEZ LOBO

Josefina Aguilar
AGNI INGA GANI
Ars Poetica, 2018

Este libro de Josefina Aguilar es un viaje introspectivo, circular, desde diferentes puertos de su psique hacia su integración fluida y libérrima en el cosmos. Amparada en una metaforización y juegos de imágenes que buscan su centro en la unidad y la multiplicidad de los sentimientos y pensamientos que conforman la aventura de hacerse visible en lo invisible y viceversa; ahí encuentra un lenguaje que aprende y desaprende. Humildad y complejidad.

Un mandala, que según el Diccionario de la Lengua Española, es una "palabra que proviene del sánscrito mándala 'disco', 'círculo'. En el hinduismo y en el budismo, dibujo complejo, generalmente circular, que representa las fuerzas que regulan el universo y que sirve como apoyo de la meditación". Y ese apoyo se afianza, se sostiene, se enriquece y se expande a través de un mantra: AGNI INGA GANI, que es el título de su libro, en el que el cuerpo y el espíritu se encuentran sabiamente en el puente de la mandorla mística: "Mantra en el óvalo de la luz".

Toda obra poética viene a representar el ofrecimiento del escritor/a de un mundo personalísimo que entendemos que debe ser

completado y disfrutado por los lectores. He ahí la polisemia del lenguaje poético.

Esta obra, su círculo, se va descifrando a través de unos marcos referenciales que representan tradiciones literarias, filosóficas y culturales, y, como refiere Claudio Rodríguez Fer en el clarividente prólogo que acompaña a esta obra, su marco simbólico, es el hinduismo védico y, en concreto, en ese marco escoge la figura de Nachiketa como estandarte y guía; cuya entrega al Dios Yama como sacrificio parte de sí mismo, de su recto proceder y no de su padre, cuya ofrenda al dios iba a ser menor y si se quiere ofensiva: unas vacas viejas. Y el círculo argumental proviene de una referencia novelesco- cinematográfica: *El filo de la navaja* (1944) de William Somerset Maugham, llevada al cine por Edmund Goulding en 1946.

Tanto Nachiketa como Lawrence, personaje principal de la película, persiguen los mismos fines, el crecimiento espiritual. Nachiketa será premiado con el conocimiento de la inmortalidad, que es igual al conocimiento del alma, y ese mismo premio, en una sociedad más cercana temporalmente hablando, lo obtendrá Lawrence, también en la India a través un maestro. Digamos que estos caminos de la búsqueda de la sabiduría nacen también de inconformidades con la figura paterna, y sospecho que así sucede en AGNI INGA GANI. La figura paterna puede ser de un tipo de padre: real de carne y hueso, una leyenda histórica, religiosa o un símbolo cultural –un tipo de sociedad–, como en cada de unos de estos casos observamos. Y esa búsqueda de la sabiduría se puede ver motivada por la ausencia o intromisión del padre, y creo que en cualquier caso aspira el libre albedrío como punto de partida.

Nachiketa enmienda el sacrificio del padre, que considera corto y egoísta; sacrifica la riqueza y otras dádivas pasajeras, amparado en el desprendimiento, la fe, la piedad, el conocimiento, la sabiduría, al igual que Larry. La autora del poema emplea su destreza poética, su tiempo y su dedicación incondicional, y con ello, sin duda, nos ofrece, ya de por sí, una protesta contra la figura del padre, llamemos así a la figura de una parte importante de nuestra sociedad a la que no ampara la reflexión, el recto proceder, el estudio, la bondad, el cuidado de los otros ni la búsqueda de la sabiduría. Pero ese libre albedrío, ese hacerse padre de un mismo/a requiere de abandonos, de sacrificios: "Arduo es el camino / como el filo de una navaja".

¿Cuál es el momento de preguntarle a alguien que se ha ido buscando su camino, y que en su sacrificio no puede prestarnos sus cuidados?, se pregunta la autora, y aparecen motivos fundamentales en el libro como la incertidumbre, el miedo, las apariencias a través de máscaras, la muerte, el descenso a los infiernos, la ira, la desesperación que acompaña a los hermanos que se preguntan ¿dónde está el padre?

El que espera esperanzado el crecimiento del otro es paciente, dice este libro, pero también dice que en él se palpan las luces y las sombras del aventurero, del sacrificado, del estudioso, del bondadoso. Se palpa la duda también como hilo conductor del texto. La sabiduría es un sacrificio que solo nos importa por su resultado final, la bondad, el recto proceder y la comunión con los otros a través del amor y el desprendimiento. Es importante entender este libro como un tejido en perpetuo movimiento donde las preguntas y las respuestas del conocimiento interior, contienen preguntas y respuestas que completamos los lectores. Esos movimientos intermitentes y complejos suceden también en los lugares referenciales del texto, Chicago, París, la India, Egipto, Grecia, isla de Pascua o México, lanzando las runas, tomando la barca en la laguna de Estigia, y no esconden máscaras sino que desvelan la multiplicidad dentro de la unidad, como nos la desvela la luz, AGNI.

C O L
A B O
R A D
O R E
S

CARLOS ALCORTA (Torrelavega, 1959). Ha publicado varios libros de poemas, el más recientes *Aflicción y equilibrio* (2020). Coordina el ciclo de las Veladas Poéticas de la UIMP y es corresponsable del Aula Poética José Luis Hidalgo. Es, además, director literario de la editorial Calambur. • **JAVIER ALVARADO** (Santiago de Veraguas, Panamá, 1982) ha publicado numeroso libros de poesía, muchos de ellos merecedores de premios. En España ha publicado *Epopeya de las comarcas* (2017). • **RAFAEL CAMARASA** (Valencia, 1963). Ha publicado los libros de relatos *Feos* (2009) y *Lo normal* (2017). En poesía, sus últimos poemarios son *Cabos sueltos* (2018) y *Sin noticias de Liliput* (2019), ganador del XXXII Premio Barcarola. • **ANTONIO CANO** natural de Priego (Córdoba, 1957), es profesor en un instituto sevillano. Es autor de los libros de poemas *Ejercicios de estilo* (1993) y *El secreto y la revelación* (2013). • **JESÚS CÁRDENAS** (Alcalá de Guadaíra, 1973) es poeta y crítico literario. Autor de siete libros de poemas, entre los que se encuentran: *La luz de entre los cipreses* (2012), *Mudanzas de lo azul* (2013), *Los refugios que olvidamos* (2016), *Raíz olvido* (2017) y *Los falsos días* (2019). • **GUILLERMO CARNERO** fue uno de los poetas incluidos en la antología *Nueve Novísimos*. Es autor de libros como *Verano inglés*, *Espejo de gran niebla*, *Fuente de Médicis* y *Cuatro noches romanas*. En 2017 ha publicado *Regiones devastadas*, y en 2018 *Carta florentina*. • **ELSA CROSS** (Ciudad de México, 1946) es poeta, ensayista y traductora. Su *Poesía completa* apareció en 2012 en Fondo de Cultura Económica. En 2019 obtuvo el Premio Iberoamericano Ramón López Velarde. • **FRANCISCO DÍAZ DE CASTRO** ha publicado varios libros de poesía. Los más recientes son *Hasta mañana, mar,* Premio Ciudad de Melilla (2006), *Fotografías* (2008), *Material para nunca. Antología* (2011) y *Cuestión de tiempo (Poesía 1992-2017).* • **CARMEN DÍAZ MARGARIT** (París, 1961) es poeta, crítica y doctora en Filología Hispánica. Ha publicado cinco libros de poesía, el más reciente *El sueño de la salamandra.* • **ANTONIO DÍAZ MOLA** (Málaga,1994), empezó a interesarse por la pintura y la literatura desde la niñez, y comenzó a escribir sus propios poemas en 2016. Ha ganado el I Premio Poesía es Vino del Museo de Málaga, y el Premio Ateneo-Universidad de Málaga, ambos en 2018. • **MIGUEL FLORIANO** (Oviedo, 1992) ha publicado los libros de poemas *Quizá el fervor* (2015), *Claudicaciones* (2016) y *La materia y la envidia* (2019), XII Premio Antonio Gala de Poesía. Ha preparado, junto al poeta Antonio Rivero Machina, la antología *Nacer en otro tiempo* (Sevilla, 2016). • **IGNACIO GAGO** nació en Córdoba en 1981. Licenciado en Filología Hispánica, trabaja como profesor de Lengua y Literatura en un instituto. Ha publicado los libros de poemas *Peligro de ignominia* (2004) y *Naranjas y canela* (2019). Sus textos han aparecido en diversas antologías. • **DAVID GONZÁLEZ LOBO** es un poeta venezolano residente desde hace muchos años en Sevilla. Autor de varios libros de poemas, codirige la revista digital *Tinta China.* • **AARÓN HERNÁNDEZ** (Zapotlán, Jalisco, 1988) estudia Medicina en la Universidad de Guadalajara. Ha publicado relatos en Bolivia y Chile, así como en su país. • **DARÍO JARAMILLO AGUDELO** (1947) es un poeta colombiano. En España están publicados muchos de sus libros, como *Cantar por cantar* (2001) o *El cuerpo y otra cosa* (2016)**.** Sus antologías *Aunque es de noche* y *Del amor, del olvido* son de 2000 y de 2009, respectivamente. Premio Internacional de Poesía García Lorca en 2018. • **CARLOS LLAZA** (Arequipa, Perú, 1983) es poeta y traductor literario. Autor de *Naturaleza muerta con langosta* (2019), su trabajo ha aparecido en publicaciones como *Buenos Aires Poetry*, *Letras Libres*, *Oculta Lit* o *Periódico de Poesía*, entre otras. Actualmente vive en Glasgow. • **JOSÉ LUIS LÓPEZ BRETONES** (Almería, 1966) ha sido coordinador entre del Aula de Poesía del Ayuntamiento de Almería y director del Centro de Arte Museo de Almería. Como poeta ha publicado *Una eterna olvidanza* (1992), *Ensayo ante un paisaje* (Premio Federico García Lorca,1996), *El lugar de un extraño* (accésit del Premio Adonáis, 1999), y *Ayer & mañana* (2004). • **JAVIER LORENZO CANDEL** (Albacete, 1967) ha recibido, entre otros, los premios Barcarola, Fray Luis de León, Emilio Alarcos, Antonio Machado de la

Fundación de Ferrocarriles Españoles, y Jaime Gil de Biedma. Su libro *Apártate del sol* es de 2018. • **DIEGO MEDINA POVEDA** nace en Málaga en 1985. Compagina su actividad literaria con la edición y la enseñanza universitaria. Ha sido accésit del premio Adonáis en 2019 con el libro *Todo cuanto es verdad*. En 2018 obtuvo el Premio Manuel Alcántara con el poema «Contrapicado». • **EDUARDO MOGA** (Barcelona, 1962) ganó el Premio Adonáis en 1995 con *La luz oída*. En 2014 publicó *El corazón, la nada. Antología poética (1994-2014)*. Su último libro hasta la fecha es *Mi padre* (2019). El poema que aquí se publica es un adelanto de su libro *Todo queda*. • **ÁNGELES MORA** tiene numerosos libros de poesía publicados, entre ellos: *Contradicciones, pájaros* (2001, Premio Ciudad de Melilla), *Bajo la alfombra* (2008) *Ficciones para una autobiografía* (2015, Premio Nacional de la Crítica, 2015 y Premio Nacional de Poesía, 2016). *La sal sobre la nieve* es una antología de su poesía publicada por Renacimiento en 2017. • **FABIO MORÁBITO**, nacido en Alejandría (Egipto) en 1955, pasó en Milán su infancia y vive desde el final de esta en la Ciudad de México. Reconocido autor en varios géneros, una antología de su poesía ha sido recogida en *Ventanas encendidas* (2012). • **MARÍA EUGENIA MOTILLA** (Madrid, 1988) estudió el Grado en Estudios Orientales en la Universidad Autónoma de Madrid y actualmente cursa último año de Grado Profesional de piano en el Conservatorio Katarina Gurska. Participó en la antología joven de poesía española *Nacer en otro tiempo* (2016). • **SIHARA NUÑO** (Ameca, Jalisco, 1986) vive en San Sebastián. Poeta y librera, ha publicado varios libros en México y en España. Los más recientes editados aquí son *Enormidad* y *Anatomí*a, ambos de 2018. El último de los aparecidos en su país natal es *Cerdo con monóculo* (2019). • **BEATRIZ PÉREZ SÁNCHEZ** (Barcelona,1974) es licenciada en pedagogía y diplomada en educación social. Colaboradora de varias revistas literarias, es autora de tres libros de poemas. • **CECILIA QUÍLEZ** (Algeciras/ Madrid) tiene editados ocho poemarios a pesar de que, desde el primer título, mantiene el convencimiento de no volver a publicar más. El más reciente es *La hija del capitán Nemo* (2014). • **ALICIA RAMOS GONZÁLEZ** es doctora por la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla. Ha publicado en variadas revistas de literatura relatos y poemas. • **ANTONIO RODRÍGUEZ JIMÉNEZ** (Córdoba, 1956) coordinó durante más de veinte años el suplemento *Cuadernos del Sur* del diario *Córdoba*. En la actualidad es profesor de la Universidad de Guadalajara (México). De 2019 es una antología de su obra poética: *Una silueta en el vacío*. • **LUCI ROMERO** (Cabra, Córdoba, 1980). Ha publicado los poemarios *Western* (2016) y *El tiempo de la quema* (2018). Es librera en Valencia. • **SANDRA GABRIELA SILVA ANAYA** (Zapotlán, Jalisco, 1991) es licenciada en Letras Hispánicas. Ha publicado cuento y poesía en revistas independientes como *Esculturarte* y *Monolito* y participado en talleres de literatura. • **IRENE SÁNCHEZ CARRÓN** (Navaconcejo, Cáceres, 1967) es profesora de lengua inglesa en Secundaria. Ha ganado los premios Hermanos Argensola, Adonáis, Antonio Machado en Baeza y Emilio Alarcos (con *Micrografías*, 2018). • **ELOY SÁNCHEZ ROSILLO** (Murcia, 1948) es autor de una decena de libros de poesía recogidos en el volumen *Las cosas como fueron*, sucesivamente ampliado y cuya última edición es de 2018. Con *Maneras de estar solo*, su primer libro, obtuvo el Premio Adonáis en 1977. • **ADA TRZECIAKOWSKA (**1977, Polonia). Profesora de Lengua y Literatura, traductora. Licenciada en Filología Hispánica por Universidad de Breslavia. Máster en Literatura Española e Hispanoamericana en la Universidad de Salamanca. Doctoranda en la misma universidad, es autora de videocreaciones y de un blog de traducción de poesía. • **MIGUEL VÁZQUEZ GARCÍA** ha publicado varios libros de poemas y plaquettes. Los últimos hasta la fecha son *Canciones elementales* (2014) y *64 gestos de amor* (2019). • **JUAN MANUEL VILLALBA** (1964) ha publicado como poeta los libros *Fondo* (1992), *Todo lo contrario* (1997), *Indignación* (2002) y *Linterna* (2017), todos ellos en Pre-Textos. Ha sido incluido en varias antologías.

Centro de Iniciativas Culturales
de la Universidad de Sevilla (CICUS)

Director general de Cultura y Patrimonio
Luis Méndez Rodríguez

ESTACIÓN POESÍA

Dirección
Antonio Rivero Taravillo

Comité asesor
Jesús Aguado, Enrique Baltanás,
Rosa Beltrán Palomino, Juan Bonilla,
Jacobo Cortines, Luis Alberto de Cuenca,
Ana Gorría, Ioana Gruia y Aurora Luque

Coordinación técnica
Juan Diego Martín Cabeza

Diseño
F. Javier Martínez Navarro

Maquetación e impresión
Imprenta Sand

ISSN **2341-2224**
DL **SE 618-2014**

Contacto y suscripciones
estacionpoesia@us.es
C/ Madre de Dios, 1. 41004 Sevilla

La revista agradece el envío de material no solicitado para su consideración, pero no se compromete a mantener correspondencia sobre el mismo.

Todas las colaboraciones de este número son inéditas en el momento de su publicación en *Estación Poesía*.

© 2020 Editorial Universidad de Sevilla
© De los textos, sus autores